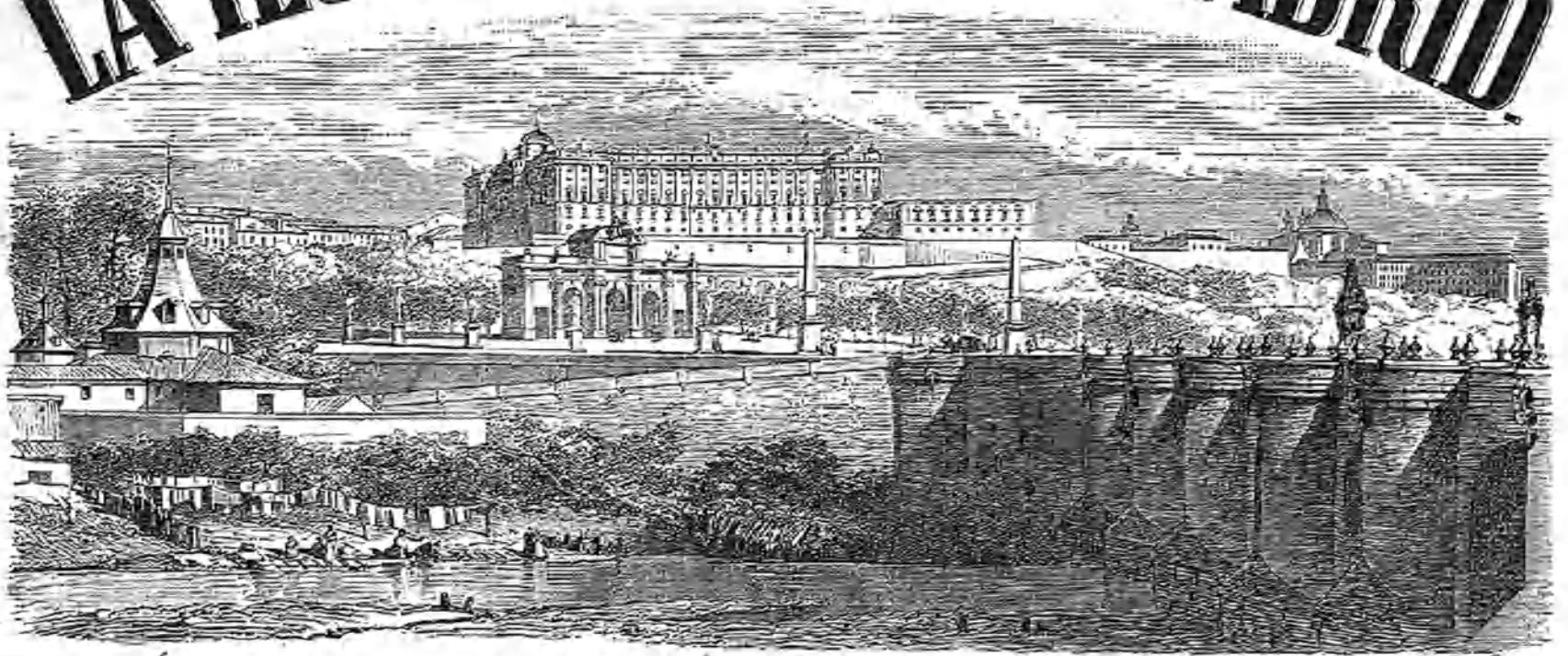


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 12 DE SETIEMBRE DE 1870.

NÚM. 17.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. J. Eché.—Espronceda y Larra, por D. Luis Carreras.—Tragedias españolas del siglo XV (conclusión), por D. Florenato Jover.—Cassido civilmente, por D. Salvador María Grandé.—Revista monumental y arqueológica, por D. José Amador de los Ríos.—En el cuerpo de un amigo. Novela diabólica (continuación), por D. José Fernández Bravón.—Campaña franco-prusiana (continuación), por D. Eduardo Mariategui.—El general Trochu, por D. Enrique de Villarroel.—Observaciones sobre la obra del general Trochu titulada «El ejército francés en 1870».—Roma. «¿Zito silenzio! ¡ché passa la ronda!» Cuadro del Sr. Pellicer.

GRABADOS.—El general Trochu, gobernador militar de París, dibujo de D. Alfredo Pérez.—Revolucion francesa. El pueblo se apodera del «Hotel de Ville» de París, donde el Gobierno provisional proclama la república, dibujo de D. Francisco Pradilla.—Manifestación de simpatía de los republicanos de Madrid hacia sus correligionarios de Francia, dibujo del mismo.—Episodios de la guerra. Asilamiento de dos mercederos sobre el campo de batalla de Mouson, dibujo del mismo.—Los habitantes de los alrededores de Sedan se refugian en Bélgica huyendo de los horrores de la guerra, dibujo de don Alfredo Pérez.—Aprovisionamiento de la ciudad de París, dibujo de D. Francisco Pradilla.—El mariscal Bazaine, dibujo de D. Alfredo Pérez.—Roma. «¿Zito silenzio! ¡ché passa la ronda!» Cuadro del señor Pellicer, dibujo del autor.—El general Changarnier, dibujo de D. Alfredo Pérez.—Episodios de la guerra: las ambulancias internacionales recogiendo los heridos en el Mosa, dibujo del mismo.—Tragedias españolas del siglo XV sacadas de las tablas de esta época que se conservan en el Museo Nacional de Madrid, dibujo de D. Francisco Pradilla.—Plano del terreno en que se han librado los combates del 30 y 31 de agosto y 1.º de setiembre.

GUERRA DE FRANCIA Y PRUSIA.



EL GENERAL TROCHU, GOBERNADOR MILITAR DE PARÍS.

tuye en uno de los sucesos más notables de la historia contemporánea, recordando los grandes infortunios históricos.

Mientras Francisco I entraba prisionero en Madrid los franceses procuraban su rescate y le reservaban su trono.

Napoleon, conducido á Berlin por los prusianos, sólo deja en su patria ese vocerío popular que se levanta á las espaldas del vencido.

Cuando no había ametralladoras, ni cápsulas metálicas, ni los pueblos elegían su monarca, cada nación sólo exigía de su rey, en tiempo de guerra, que pelease al frente del ejército.

Hoy que un rey vecino se presenta en las fronteras con máquinas de guerra nunca vistas y con ejércitos verdaderamente fabulosos, el pueblo dice al soberano que ha elegido: «Venca ó te destrono.»

En el siglo XIX la profesión de soberano es muy ingrata. El de rey es uno de los destinos más inseguros que conoce.

Hace dos siglos, decían los ambiciosos en sus sueños de dominio: ¿quién fuera rey?

Hoy deben decir los reyes de Europa con envidia: ¿quién fuera pueblo!

Sin duda la inseguridad de la carrera monárquico-democrática ha llamado la atención de las madres de familia.

Así me explicó el mal éxito que obtuve en una tertulia al dirigir una galantería que por su novedad no me parecía arriesgada.

Se trataba de una niña encantadora, y era necesario expresar á su madre la admiración que su hija producía, puesto que la hermosa había salido de su casa para ser admirada sin discusión y por derecho divino.

—Elena es digna de un soberano, dije á su madre.

—No lo necesita, contestó la buena señora algo humillada: hoy me ha pedido su mano un teniente de ingenieros.

ECOS.

Nunca el telégrafo eléctrico ha transmitido una noticia tan extraordinaria y de tan graves consecuencias como la que todos leíamos con asombro hace una semana.

«Ejército francés deshecho: el emperador prisionero: muertos sus más ilustres generales.»

La magnitud del hecho le consti-

El problema de la guerra parece ya resuelto.

Después de haberse criticado amargamente la existencia de los ejércitos permanentes en nombre de la civilización, ahora resulta necesaria una situación militar que permita a cada país movilizar en pocos días toda su población para defender el territorio.

La prueba está reciente: un mes de campaña ha bastado a los alemanes para destruir el mejor ejército de Europa; es natural que en lo sucesivo los maestros franceses enseñen a un mismo tiempo a sus discípulos el manejo del chassepot y la cartilla: es indispensable que sus campos en tiempo de paz sean campamentos, y que en lo sucesivo nazcan los franceses con mochila, si no se resignan a ser tributarios de la Prusia.

Los que bendecimos a la Providencia por haber venido al mundo en el siglo de los Congresos internacionales y no en aquellas edades atrasadas en que el hombre no podía salir de casa sin ceñirse la tizona, acabamos de sufrir un desengaño. Es cierto que los agentes de seguridad pública y la Guardia civil están siempre dispuestos a impedir que un ciudadano desahogue su cólera o vengue sus agravios en la persona de otro ciudadano que le ofende o le molesta; pero en cambio todo hijo de vecino estará obligado a batirse como un héroe, siempre que el jefe del Estado lo crea conveniente a su política. Y digo estará, porque la nueva organización de Europa nos destina a todos el oficio de soldados. Antes de dos años serán millares seis ó siete millones de franceses, y por mucho que la innovación se retarde en España, tendremos que tomar pronto las armas todos los que no vistamos faldas.

He aquí la táctica moderna. Fórmase dos ejércitos en orden de batalla y empieza al amanecer el cañonen en una línea de dos ó tres leguas; el general a quien le quedan vivos a la noche cincuenta ó sesenta mil hombres, canta victoria ó impone condiciones.

No desconfío de leer con su tiempo en la *Gaceta* un decreto cuyo resumen sea el siguiente:

«Debiendo darse a fines del mes una batalla contra los franceses, todos los españoles de veinte a cincuenta años se presentarán en las márgenes del Ebro a disparar sus fusiles y a hacer bulto.»

En vano se alegarán exenciones para librarse del servicio. Los que carezcan de un brazo ó de una pierna ofrecerán menos blanco a las balas enemigas; los míopes no podrán excusarse, toda vez que por el gran alcance de las armas los ejércitos antes de verse se destruyen; y ni aun la locura será pretexto para quedarse en semejantes guerras constituirá una prueba irrecusable de cordura.

Los espíritus pusilánimes se asustan al reflexionar la enorme cantidad de víveres necesaria para alimentar a tan colosales ejércitos.

Sin embargo, un buen general cuando lanza al campo 600.000 hombres armados, halla medios de hacer grandes economías: le basta restar de las 600.000 raciones el número de bajas aprovechables que tiene el enemigo; a los treinta días de campaña los 600.000 hombres quedan hartos con la mitad de raciones que al principio de la guerra, sin que el ejército haya perdido el apetito.

Figurémonos un caso muy posible.

El general recibe un aviso de los más tristes: el ministro de la Guerra le asegura no poder enviarle sino 200.000 raciones a contar desde aquella fecha para los 300.000 que manda.

Cualquier caudillo se apuraría en trance tan supremo; pero si el general es buen matemático arregla en un momento la cuestión de subsistencias.

La operación es la siguiente:

Dá una gran batalla cansando al enemigo todos los estragos necesarios para perder por su parte 100.000 hombres.

Y al día siguiente su ejército come bien, y al general contrario se le indigesta la comida cuando cuenta sus soldados.

Hace algunos años las córtes europeas empezaron a alarmarse porque en un rincón del Asia se degollaban anualmente algunos millares de corderos, cuyos despojos quedaban abandonados en el campo. Se nombraron comisiones científicas para estudiar el peligro que podía correr la humanidad con aquel foco de miasmas, y los sabios dictaron algunas reglas higiénicas para tranquilizar a los gobiernos.

Todos los años se reúnen millares de cuervos en las inmediaciones de la Meca, confiados en el festín seguro que la fé musulmana les ofrece. Esos cuervos hacen el

mismo papel desinfectante que las clases pobres, algunos animales domésticos y no pocas industrias en las grandes poblaciones como Londres y París, donde se degollan diariamente un número extraordinario de reses, cuyos despojos producirían gases mortíferos si el hambre y la industria no supieran utilizarlos.

Ahora bien: dos potencias de primer orden, por cuestiones que a los demás pueblos no interesan, las mismas acaso que enviaban sus médicos al Oriente temerosas del contagio que pudiesen producir las caravanas, han reunido sus ejércitos en el centro de Europa envenenando la atmósfera con los gases que resultan de estas materias en descomposición.

Cien mil soldados muertos en la Alsacia y la Lorena. Veinte ó treinta mil caballos destrozados por las balas ó muertos de cansancio.

Despojos de las reses que mueren diariamente para alimentar los ejércitos prusianos y franceses.

Restos animales en las aldeas avanzadas por el terror de sus habitantes.

Emanaciones continuas de seiscientos mil cuerpos andrajosos.

Vapores pestilentes de los hospitales en que yacen millares de heridos y de enfermos.

Quince ó veinte mil miembros amputados. Y residuos orgánicos aglomerados en corto territorio por una reunión inmensa de hombres y animales.

Todo esto en la parte central de Europa, en un sitio en que cualquier epidemia se extendería con facilidad por todo el viejo continente.

Si las córtes europeas no dictan medidas sanitarias contra los que atentan a la salud pública en medio de la poblada Europa, es injusto y ridículo que se alarmen después y envíen comisiones científicas a la Meca, desde cuyo punto las epidemias pueden muy bien no llegar hasta nosotros.

Asombra la fuerza moral de los gobiernos en los tiempos en que no se podía usar la artillería nada más que en defensa de los fuertes. Hoy el gobierno más pobre tiene, para imponer su voluntad a los pueblos, parques y fundiciones, depósitos de proyectiles, cuerpos de ejército en disposición de salir todos los días a campaña, ferro-carriles, telégrafos y aparatos de guerra formidables. En otro tiempo los pueblos eran más fuertes que el gobierno; cada ciudadano salía armado como un militar, y todos los ciudadanos sumaban un ejército imponente: entonces la fuerza material estaba de parte de los pueblos.

Ahora asombra la fuerza material de que disponen los gobiernos.

Cuando el jefe de un Estado tiene conciencia de su debilidad material, procura robustecerse moralmente. Cuando un gobierno está seguro de su fuerza bruta, no tiene necesidad de guardar a nadie miramientos.

¿Qué siglo el XIX para los Atilas y Nerones! El telegrafo transmitiría en un instante su voluntad a todo el mundo: los caminos de hierro transportarían sus cañones en corto tiempo de un extremo a otro de la tierra; la química, la estática y todas las ciencias exactas, se humillician ante el tirano para aumentar su poder: todos los medios de destrucción acumulados por el progreso, servían para encadenar al género humano que con ellos se enveneca.

La naturaleza es muy benigna con los hombres, y ya sólo produce tiranías.

La fortuna ha vuelto la espalda a los franceses. Los prusianos están en sus cuartos de hora feliz que tienen todas las naciones.

No es probable que el rey Guillermo se detenga en estos momentos, sabiendo que la fortuna es corta y debe aprovecharse.

Si yo fuese rey de Holanda, mandaría que mis súbditos fabricasen balas de ochenta en vez de quesos de bola.

Los optimistas aseguran que la guerra concluirá muy en breve: no creo que los franceses renuncien a su gloria militar y se dediquen a elaborar géneros de perfumería y a afilar en el extranjero cuchillos y tijeras.

Ni pueden tolerar que los hulanos en tiempo de guerra cojan por la cintura a las grisetas en medio de los bulvaros.

Esto, que en época de paz no parecería escandaloso, no se puede sufrir como derecho de conquista.

J. ESPRNCEDA.

ESPRONCEDA Y LARRA.

I.

Todos nuestros lectores se acordarán de aquella célebre época literaria, llamada romanticismo, en la cual, roto por las pasiones políticas el freno que pusiera el clasicismo a las obras literarias, nació una poesía vigorosa, apasionada, fatalista, incorrecta, que arrebatando a los pueblos con su animación y aparato, llevó hasta el más alto grado los nombres de algunos autores. Toda Europa estaba entonces agitada por los libros de los Byron y los Chateaubriand, de los Víctor Hugo y de los Manzoni, y las clases sociales, sin distinción ninguna, se creían honradas tomando parte en las disputas a que daban lugar. El romanticismo español no tuvo un carácter propio y distinguido hasta que aparecieron Espronceda y Larra, pues aunque ya lo habían hecho figurar algunos distinguidos autores, carecían de las cualidades filosóficas y poéticas de ellos. En efecto, por mérito que tengan las obras del duque de Rivas, no reúnen ni la valentía de expresión, ni la grandezza de miras necesarias para entusiasmar a todo un pueblo y dirigir una literatura; porque su poesía viene expresada en direcciones y giros indecisos, y carece de aquella resolución y unidad de sentimientos que arrebató y determinó.

Nada de esto se halla en Espronceda y Larra, los cuales, poseídos de la idea que quieren emitir, producen composiciones animadas, en las cuales la lengua toma nuevas formas, y el estilo dá giros atrevidos que la renuevan y adelantan. Léanse cuatro líneas de Larra y Espronceda, y se las verá reflejando una facultad mental; léase cualquiera de sus obras, y se conocerá el ánimo del hombre que la escribió. La personalidad del autor descuella completamente y embarga de una manera poderosa la imaginación del que le lee. Ora pasemos los ojos por una novela de Espronceda, ora por una pieza lírica, vemos toda su figura; ora leamos un drama de Larra, ora un artículo, su fisonomía se nos aparece claramente.

¿Quién apesar de esto probaría que ambos son gemelos y perfectos? No sólo sería imposible, sino que bastaría conocer su vida para asegurar lo contrario. Hijos de una sociedad más formalista y purista que filosófica, la lengua es lo que más descuella en ellos; criados en otra sociedad más apasionada que racional, todos sus escritos están llenos de agitación é incoherencia. Espronceda y Larra sabían que la belleza de expresión no viene sólo de la rima, sino de la inspiración, y que si la rima perfecciona las melodías del lenguaje y las armonías del estilo, únicamente el pensamiento y la pasión dictan a la pluma sus vuelos sorprendentes y sus combinaciones sublimes. Por esto confiaban ciegamente en los estudios lingüísticos que habían hecho, y entregándose sin vacilar a las inspiraciones de su talento, sorprendían al público, aunque frecuentemente chocasen con los aristarcos literarios. Contemplad a Espronceda llevado por la fuerza de su vigorosa imaginación, y le vereis pasar de un metro a otro con soltura extraordinaria, abrirse nuevos caminos por sitios erizados de breñas y cortados por despeñaderos vertiginosos, asentar el pie con pasmosa seguridad, saltar con brío extraordinario, y unas veces tender las alas y remontarse, y otras recogerlas y bajar con seguridad a la llanura. No hallaréis en su lenguaje y estilo la evolución de un capricho, sino la expresión de una idea más ó menos cierta; no hallaréis dualidad entre la forma y el fondo, sino completo y perfecto matrimonio. Todas sus direcciones tienen lógica, todos los giros son razonables.

Otro tanto debe decirse de Larra, pues lo mismo cuando se desenfrena, arrebatado por la desesperación, que cuando despide sus dardos acurados movido por el tedio, ó que se acerca sigilosamente a un objeto atraído por su sarcástica curiosidad, no se preocupa más que de la idea y pone todas sus fuerzas en expresarla bien. *El día de difuntos*, *el Quasi*, *El hombre-globo*, *Las horas de invierno* son muestras muy diferentes de estilo, apesar de lo cual todas ofrecen la misma unidad entre el fondo y la forma. En *El día de difuntos* hasta las letras parecen lúgubras. En el *Quasi* sólo se ve el espíritu sarcástico, azotando a la humanidad con la ridiculidad y el escarnio. *El hombre-globo* es un cáustico abrasador. *Las horas de invierno* demuestra una tristeza, una armonía y ternura que conmueve y enternece. Sin embargo, ¿quién ignora que éstos artículos están llenos de lenguaje, de imágenes y dolores?

Pero fuera de estas cualidades y semejanzas, Espron-

ceda y Larra se distinguen completamente uno de otro; cada cual es un tipo diferente, y aunque ambos merezcan un mismo pedestal, es imposible confundirlos.

II.

Nació Espronceda en 1810, y desde joven dió muestras sociales y literarias de poseer una viva imaginación, pues no pudo nunca sujetarse al régimen garratónico del antiguo sistema político, ni se dejó dominar por las ideas literarias que formaban parte de él. Siendo muchacho ya perteneció a una sociedad secreta, y apenas entró en la edad viril tomó tal parte en las aventuras de los constitucionales, que tuvo que huir al extranjero. Así conoció Portugal, Inglaterra y Francia. Se batió el año 30 en las harricadas de París. Alistóse en una legión polaca que se formó para dar libertad a Polonia. Figuró en la expedición que Chapalangarra hizo en España contra Fernando. Entretanto leía a Byron, que había conocido en Inglaterra; a Beranger, cuya patria resonaba con su nombre. El primero le arrebató con su ímpetu, su movimiento, sus vuelos, sus atravesamientos; el segundo le seducía con su arte, su fina ironía y delicioso escarnio. No se olvidaba de la lengua española, en cuyas bellezas le había iniciado D. Alberto Lista.

El curso de esta vida habrá indicado ya á nuestros lectores que Espronceda se distinguía sobre todo por la imaginación, y que lejos de ser un poeta reflexivo, la meditación era una de sus cualidades más secundarias. Este rasgo debe ser notado con cuidado, pues no sólo constituye su fisonomía, no sólo explica sus obras, sino que le distingue de Larra. En efecto, cuanto hizo Espronceda lleva indeliblemente este sello. Todas sus ideas son fantásticas, todos sus actos atrevidos. El hombre de imaginación necesita aprender mucho para aprovechar bien su talento. Espronceda no podía aprender, había de educarse al acaso, y sus ideas derivaban más de su vigor natural que de su talento y experiencia. Por esto se halla siempre á la altura de la humanidad, pero sin ofrecerle nada útil; por esto no se acuerda nunca de sí, pero sin granjearse simpatías; por esto no pierde nunca de vista los intereses de los hombres que tiene en derredor, pero sin consolarlos ni ayudarlos á redimirse. Era de esos seres cuya carrera pública está consagrada siempre á los intereses generales. En efecto: Espronceda no se acordaba nunca de sí. Arrestrado por la viveza de su imaginación, buscaba siempre la compañía de sus semejantes, irasciaba con todos los hombres de ideas nuevas, sabía mirar con ojos piadosos á sus mismos enemigos, por más que en ciertos momentos el dolor le cegase y dictase á su pluma ó á su palabra expresión de un sarcasmo penetrante.

Este carácter le libraba de caer á los golpes de la fortuna, pero también impedía que se concentrase en sí mismo: de modo que unidas esas circunstancias á la escasa instrucción que había sacado de las aulas y á la continua agitación de su vida, dificultaba poderosamente que pudiese adquirir un conocimiento claro de la realidad, y esa mirada certera y penetrante que abarca y domina á la vez todo lo que quiere inspeccionar. También contribuyó á que no llegase á formar planes determinados, y á que pasase continuamente de la política á la literatura y de la literatura á la política, pues como no veía su centro, como no hallaba el medio de fijarse y trabajar con influencia social, buscaba en ambas el medio, sin hallarlo nunca en ninguna. Así le hallamos escribiendo en los periódicos más violentos, defendiendo las ideas más radicales, figurando en los pronunciamientos más fogosos, haciendo odas, cantando *El diablo suelto*; mas sin plan, sin objeto, sin consecuencias, todo por pasión, todo por actividad natural, todo por sus generosas y vehementes fantasías.

Así es, que si bien Espronceda no ha sido todo lo que podía ser, según su talento, ha sido todo lo que podía por su educación. El careo de ideas claras y precisas, y en vano se buscarían en sus obras; él no se había formado una filosofía de la humanidad, y por esto no hay orden en sus actos; él no conocía la naturaleza humana, y no acertaba á describirla: falta de objeto, escasez de plan, y sin plan, le era imposible tener método. Tal es el origen de la desproporción, de la oscuridad, de la caudidez de sus obras. Nunca produce objetos grandes, nunca páginas artísticas, nunca personajes completos. Pero el careo de método y filosofía, en cambio está bien dotado de imaginación vigorosa y de excelentes conocimientos en la lengua nacional, y todas sus producciones tienen brillantez, todas están llenas de calor, todas se expresan en un lenguaje puro, melodioso y lleno de sonoras armonías de estilo. Prescindiendo de la resolución que ha de indicar toda obra poética, y del

orden que ha de guardar y de la proporción de sus partes, no puede menos de leersele con aprecio; si se renuncia á buscar en sus obras conocimiento claro de la humanidad y de la sociedad, todavía se le juzgará, como hicieron sus contemporáneos, por un poeta de primer orden.

Estos defectos y cualidades desuellan de una manera visible en todos los pasos de la vida y de las producciones de Espronceda. Él no hallaba en la vida pública, apesar de dedicarse á sus dos más importantes ramos, objeto suficiente para su talento, y si se recuerda que la literatura y la política cada una por sí sola basta para ocupar exclusivamente al hombre de más genio, no podrá menos de convenirse que era necesario que el poeta los conociese muy incompletamente y los cultivase de una manera muy superficial. Por esto tenía necesidad de entregarse á una vida disipada, pasando gran parte del día en orgias y retrates. Este vicio no podía menos también de influir en sus actos políticos y literarios, porque no hallando en sí mismo criterio bastante para dirigirse, había de callarse ó hacerse discípulo de otro. Ambas cosas le pasaron á la vez. Aunque fué elegido diputado, nunca supo hacer un discurso; y en la vida poética siguió las huellas de lord Byron. Sin embargo, se le juzgaría mal si no se explicasen estos hechos. Espronceda no pudo hacer nada en el Congreso porque se veía sujeto á un orden y disciplina, bajo los cuales no podía lucirse sino por medio de ideas precisas y de soluciones claras, y como él suplía las ideas con el calor y la actividad, allí estas circunstancias no le servían. Por esto se ha de estudiar su período político en las sociedades secretas, en el periodismo y la emigración. Mejor estaba en la parte literaria, pues aunque imitase á lord Byron, lo hacía con independencia, y sus imitaciones, más que platerías, eran conquistas. No tomaba del poeta inglés sus imaginaciones, sus formas, sus ideas, sino su método, que aplicaba según su propia inspiración. Semajante al soldado que conducido al asalto por su capitán pelea con sus fuerzas y armas, haga por su valor á la brecha y entrando en la ciudad estérmina y arrasa todo lo que hay en su camino, Espronceda se lanzaba á las tinieblas del vate inglés y las observaba y comparaba con la sola fuerza de su propia naturaleza. Por esto tiene originalidad y personalidad, y ha dejado tantas páginas de estilo vigoroso y de fogosidad altísima. ¿Pero era propio aquel método para immortalizar á Espronceda? Nos parece que no. Aquel género, más fantástico que razonado, más caprichoso que literario, sólo podía hacer ilustre á un hombre de tanto genio como el autor inglés. ¿Dónde está el *Childe Harold* de Espronceda? ¿Dónde su *Caín*, y dónde su *D. Juan*? ¿Dónde la grandeza, y tal vez la hermosura y sublimidad de las fuerzas líricas de Byron? En vano buscaríamos todo esto, pues por más que diésemos con el D. Félix del *Estudiante*, con la *Zotaida de Sancho Saldaña*, con el prólogo del *Diablo Mudo* y con los cantos *á la patria*, *al náufrago* y *á Teresa*, no hallaríamos igualdad entre ellos y las amplias y vigorosas plumadas de Byron.

¿Qué son, pues, en definitiva las obras de Espronceda? No son una merquina imitación de un gran poeta; ni una pintura de la situación de España contemporánea; ni un arcaísmo histórico y social; ni producciones de arte verdadero: sino que son la manifestación clara, precisa, poética y armoniosa de una alma fuerte que vivía en las tinieblas de la sociedad y de la filosofía, y que obligada en virtud de su vigor á trabajar activamente, se dejaba arrebatarse por un capricho ó por una emoción, por una idea brillante ó por un acto sorprendente, por una fantasía extraña ó por una imagen delirante. Tal nos parece Espronceda.

III.

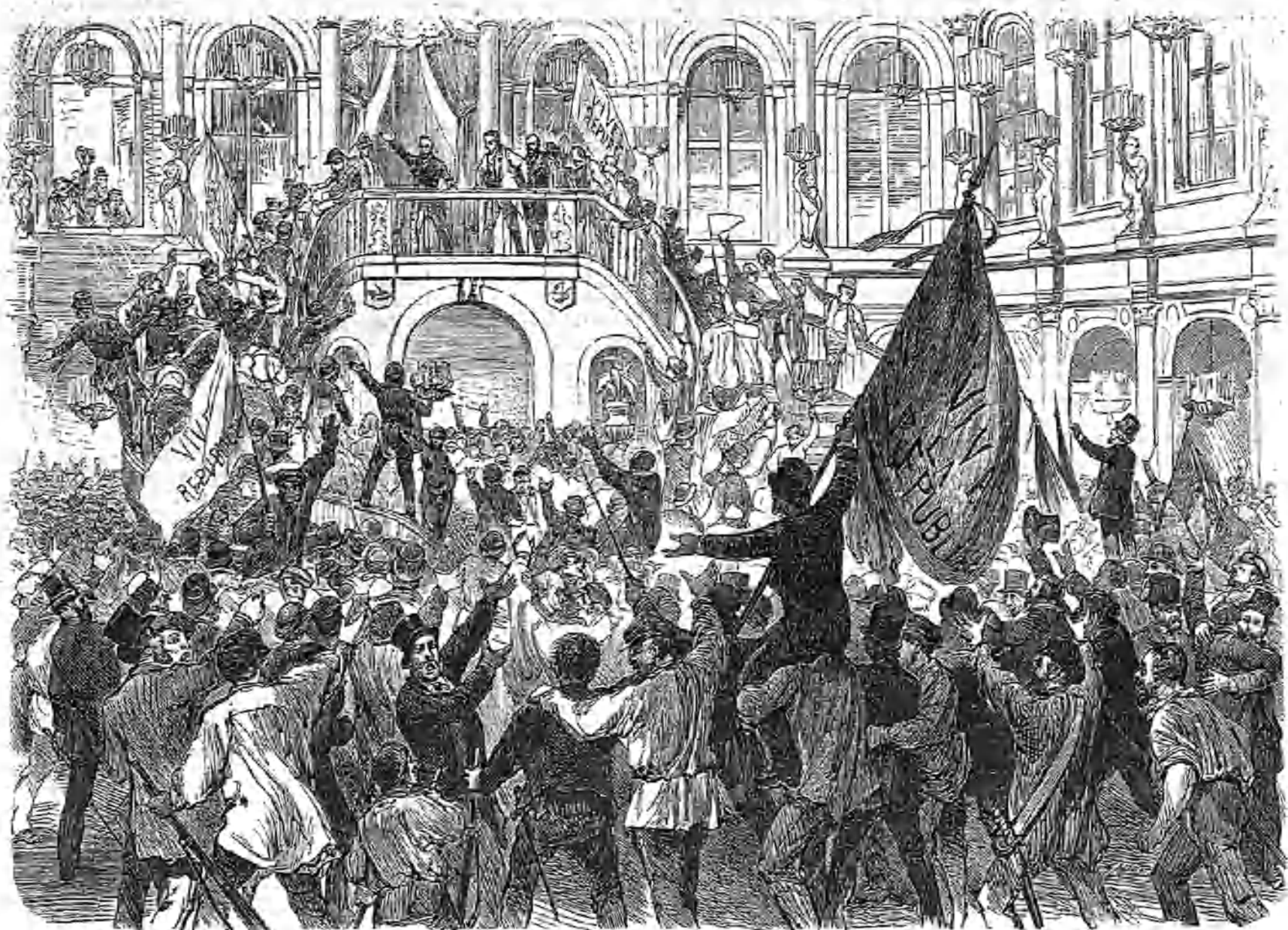
Larra es el reverso de la medalla como metodista y como productor. Su cualidad desuellante es la reflexión: su paso el del hombre circunspecto; su campo la sociedad en que vive; su método el que le dicta su propia naturaleza. También carece de filosofía, y sus obras vienen faltas de unidad; pero tienen más consistencia, más savia y más realidad que las de Espronceda. Así es que Larra, como hombre y como escritor, era completamente diferente de aquel. Así como Espronceda todo lo refería á la humanidad, Larra, al contrario, todo lo relacionaba consigo mismo. El estudio le levantaba el velo de que se cubre al hombre, y al instante tomaba la lección y sujetaba su conducta á aquella enseñanza. La experiencia le decía que la mujer engaña, y al instante renunciaba á tener fe en la mujer. La vida le mostraba los engaños de la amistad, y se prevalía contra ellos no creyendo en ningún amigo. La sociedad le instruíra de los abusos que el hombre comete sobre el hombre, y

tomaba una actitud hostil, prefiriendo ser odiado y temido á ser querido y explotado. Las evoluciones de los políticos y de las sociedades venían impregnadas de inconsecuencia y contradicción, y blasfemaba de la humanidad y de las ideas, las miraba con ira y lástima, y hablaba de ellas con furor y sarcasmo.

En España no se ha comprendido todavía á Larra. Su fisonomía es antipática á muchos y no se la traza nunca sin añadirle toques que le disfiguran. Larra no es nada de lo que muchos han imaginado. Él tenía elevación de ánimo, ternura afectuosísima, benevolencia notable; hubiera sido buen esposo, buen padre, buen amigo, buen republicano. ¿Cómo explicar de otra suerte esas ideas brillantes que se levantan en sus obras? ¿esa melancolía que tal vez las anima? ¿ese desconsuelo que las cubre de luto? Larra había de escribir siempre entre una lágrima y una risotada ó un respo de furor. En ninguna página le vemos tranquilo, y en todas le vemos agitado. Pues esta agitación no podía venir de otra cosa que de las buenas cualidades morales de que estaba dotado. ¿Pero cómo podía un hombre sin filosofía entregarse á ellas, viviendo en una sociedad cuyos actos contradictorios parecían negar claramente que el hombre fuese bueno? ¿Cómo era posible que coordinase con el principio de la perfectibilidad humana tanta venganza é inconsecuencia política, tanta traición amistosa, tanta infidelidad conyugal, tanta vanidad personal, tanto despotismo de castas? Para él no había de haber en la sociedad otra alternativa que la de devorar ó ser devorado, y guiado por esta idea se burlaba de todo, no creía en nada, y todo lo atacaba, y á todos los hombres descomulgaba. Así es que su trato social era altivo, frío, irónico, urbano; y su vida literaria sarcástica, independiente, excéptica. Larra tenía relegados á su mujer y á sus hijos, lo cual indica todo el caso que hacía del amor conyugal y filial: Larra atacaba con la misma rudeza á sus amigos que á sus enemigos, como indicando que tanta indiferencia tenía por los unos como por los otros. Dicen sus biógrafos, que esa misantropía dimanó de un suceso misterioso acaecido en la niñez. No lo negaremos, antes al contrario nos inclinamos á aceptarlo, porque casi siempre estas naturalezas han de haber sufrido algún violento disgusto personal, para caer en el descontento y la desilusión que ennegrece y melancoliza todo lo que ven. Mas nos guardaremos de dar á este hecho otra importancia que la que se da al motor que impulsa la máquina. Las naturalezas se desarrollan y no se transforman, y Larra podía haber sido diferente si no hubiese hallado en la vida dificultades personales; pero nunca hubiera sido distinto. Tal vez hubiera dado á sus ideas otra resolución; pero era imposible que las librara del baño de melancolía y del incentivo del sarcasmo con que las expresó.

Trazada la figura moral de Larra, queda dispuesta la explicación de sus obras, que no son más que un trasunto vigoroso de ella. Privado de educación filosófica y literaria, lo que producía había de resentirse de falta de profundidad, de destino y arte. Conociendo á fondo la lengua, todas las ideas habían de venir expresadas con propiedad y condiciones musicales. Estas son sus cualidades y estos sus defectos. En los retratos que hace no buscamos nunca los tipos, sino eso que se llaman caricaturas y que deberían llamarse excentricidades ó abstracciones del hombre inmoral ó ridículo; en los cuadros que traza no buscamos arte, pues no tienen ninguna proporción, y las sombras y la luz andan confusas, y los planos no se destacan, y las figuras están amontonadas unas sobre otras; en el conjunto nunca se hallará una enseñanza, sino un desahogo melancólico, forzoso ó sarcástico. Pero en todas partes se hallará buena dicción, armonía y melodía, aunque tal vez á vueltas de muchas incorrecciones y desaliños. En ninguna parte falta tampoco la vida, la savia, el movimiento. El autor no sabía hacer sino un retrato, en lo cual se parecía á Byron y á Chateaubriand, y este retrato era el suyo propio. En todas sus obras y en todos sus artículos políticos y sociales desuellaba el yo lleno de tristeza, de hastío, de cansancio, de dudas, alborotándose unas veces ante los espectáculos de la sociedad, y mofándose otras veces de ellos con una risa diabólica.

Larra escribió de novela, de teatro, de crítica y de vida política y social. Para hacer bien lo primero y lo segundo, necesitaba conocer más á fondo el hombre y tener filosofía, pues la novela y el poema teátrico han de dirigirse á un fin determinado, lo cual no se logra sino cuando se tienen ideas sintéticas bien claras. Para ser un gran crítico, era necesario una variedad de conocimientos literarios, humanos y metódicos, que Larra no había tenido humor ni ocasión de buscar. Así es, que como novelista y dramático es una nulidad, y como crítico no pasa tan sólo de la mediocridad; pero hay en todos



REVOLUCION FRANCESA.—EL PUEBLO SE APODERA DEL HOTEL DE VILLE DE PARÍS, DONDE EL GOBIERNO PROVISIONAL PROCLAMA LA REVOLUCION.

estos trabajos ideas ingeniosas y pasajes escritos con verdadero talento. *El doncel y Macías* son obras lánguidas, tan abundantes en palabras, como pobres en ideas y sentimientos: los análisis de *Antony*, de *Catalina Howar* y de los *Amantes de Fernán*, aunque carezcan de verdadera filosofía, tienen indicaciones preciosas. En general, ni en las objetivas sabe crear, ni en las subjetivas analizar. En la novela y en el drama no hay un sólo carácter; en las críticas se muestra pobre en erudición, y confunde la sublimidad con la hinchazón, como en los

Amantes; predica como un misionero de la lengua, como en *Antony*, y se extasia ante movimientos psicológicos y fisiológicos vulgares, como en *Catalina Howar*.

Donde Larra brilla, donde merece ser leído, donde se muestra tal como era, es en las revistas políticas y sociales, pues si bien su ignorancia del arte le extravía con frecuencia y le hace confundir la caricatura con la sátira, este defecto no deslucen todos sus escritos ni quita a los que lo tienen alguna de las muchas cualidades que los realzan todos. Allí se ve el Larra completo: al-

ternativamente melancólico, observador, sarcástico, desesperado y sobre todo egoísta, porque todo lo relaciona consigo mismo, todo lo refiere a sus intereses, todo lo reduce a su propia enseñanza. A sus ojos la sociedad no merece atenciones ni sacrificios. El escritor que cumple mejor es aquel que más desapego le muestra. Si ve una grandesa, la silba, porque al día siguiente, allí mismo, verá una miseria; si ve un vicio suelta la carcajada, porque le parece imposible que la humanidad se reforme. Las alegrías de los pueblos se le aparecen cubiertas



MANIFESTACION DE SIMPATIA DE LOS REPUBLICANOS DE MADRID HACIA SUS CORRELIGIONARIOS DE FRANCIA.



EPISODIOS DE LA GUERRA.—FUERZAMIENTO DE DOS MERCEDEADORES SOBRE EL CAMPO DE BATALLA DE MOUZON.

de luto; sus tristezas bañadas de ridiculez; sus actos de clemencia los crea expresión de la cobardía; sus actos de rigor los toma por venganzas inhumanas; sus ejercicios religiosos los llama evoluciones hipócritas del alma para disimular sus bajas tendencias; se ríe al oír hablar de esperanza; se ríe al oír hablar de fé; se ríe de las

ideas; se ríe de los sistemas; se ríe de la juventud; se ríe de la ancianidad, y se entretiene placenteramente en jugar con las ilusiones del hombre, desvanecerlas y destruir la confianza que podía tener en sí mismo. Pero estas risas continuas no vienen, según ya hemos dicho, frías, heladas, tranquilas; sino agitadas por movimien-

tos convulsivos, cubiertas de un tinte melancólico, interrumpidas tal vez por un grito supremo de desesperación. Un hombre que llevaba esta vida, había de estar siempre con un pié en el sepulcro y se había de sentir varias veces tentado á tirarse en él. Esta insistencia era insostenible. Cada día había de ser una lucha espanto-



EPISODIOS DE LA GUERRA.—LOS HABITANTES DE LOS ALREDEDORES DE SEYAN SE REFUGIAN EN BÉLGICA HUYENDO DE LOS HORRORES DE LA GUERRA.

sa; cada hora una derrota completa de la idea moral. El que de tal manera pensaba, sentía y escribía, había de morir, por precisión, joven, abatido y desesperado. Los buenos sentimientos que había en su alma le sostendrían algún tiempo disputando á la muerte una presa segura; pero el día en que una emoción poderosa los abatiera, la hora fatal había llegado. Así pasó. Larra tenía relaciones con una señora casada, á la cual había de atormentar con las irregularidades de su espíritu tanto como á su esposa. Un día ella quiso acabarlas y le pidió todas las prendas de amor que le había dado. Larra cedió, y apenas la señora había llegado á la calle, puso fin á sus días. Así terminó esta existencia misteriosa, cortada más por la desilusión personal que por una desesperación amorosa.

¿Qué son las obras de Larra? ¿Son la pintura del de la sociedad española de aquel tiempo? ¿Son el romanticismo clásico de nuestra literatura? No por cierto. Pues aunque tengan más realidad que las de Espronceda y tomen con más frecuencia el país natal por punto de observación, en vano se buscaría allí la pintura fiel y clara de la sociedad de aquel tiempo. Ni nuestra política, ni nuestra literatura, ni nuestras costumbres sociales se conocerían leyendo aquellas obras, aunque sea imposible negar que habiéndolas el autor tomado por punto de mira, no deja de reproducir numerosos y profundos toques de una realidad local indisputable. Larra carecía de la instrucción necesaria para ejecutar una obra tan vasta, que requiere además una serenidad de espíritu completo. Tampoco se pueden tomar como clásicas, á causa de faltarles esa armonía artística y esa filosofía que ha de descollar en toda obra de poesía. Las obras de Larra no son otra cosa que unas páginas vivisimas, en las cuales el autor ha desahogado periódicamente los sentimientos fugaces que le causaban los actos sociales, sin coordinar, ni estudiar, ni meditar ninguno. Atacados sus sentimientos morales por la daga, se dejaba arrebatar por la primera impresión, la cual, como siempre era penosa, daba al escrito un tono lúgubre que excitaba la curiosidad ó infundía el terror. Por esto era leído y comentado, y ha dejado de sí una memoria que en este siglo no se extinguirá fácilmente.

LUIS CARRERAS.

TRAGES ESPAÑOLES DEL SIGLO XV.

(Continuación.)

CAPITULO VI.

Demuestra por diez razones que aquel traje descubierto de las caderas y vestido en gran pecado, y por consiguiente muy indeciblemente reprobado y vetado, y que era de los mejores cuando son pecado venial, y cuando mortal.

Ya de todo lo suyo parece claramente que pudieran la justicia y regimiento y quien poder tuviesen para él defender que las dueñas no truxiesen uardugos ni caderas y poner pena cerca dello, y pudieran los provisores defender questo meollo se pena de excomunion, por que traer el tal hábito; es cierto que era, y es pecado mortal y en muchas maneras malo, y como quiera que segund lo que es dicho en este pasado capítulo bastaria por prueba desto; que los varones prudentes y sabios, que son los regidores y prelados lo han así determinado, pero por satisfacer á las personas curiosas, y por comenzar á las maliciosas, con licantia y supportacion de los dichos, venerables provisores, es bien que sea aqui declarado como traer aquel dicho hábito es en muchas maneras pecado, y de derecho divino y humano defendido y reprobado. Lo primero porque es traje y hábito noño y muy dañoso, es se halla por cierto que muchas dueñas han movido y abortado, y aún peligrado en el parto; y no á otra causa á quanto se puede saber si no por traer aquel malísimo hábito pesado y mucho cargado, y á la defension y conservación de la criatura mucho contrario, pues auído esto por supuesto es cierto que son homicidas voluntarias las que de tal traje andan vestidas y adornadas. Lo qual es muy grand pecado, y si dicen las donzellas y las vírgenes también con ellas que son quitas deste pecado, porque ellas no paren ni empreñan, ni están en aquel estado, verdad es más sepan que las mugeres, y aún muchas personas son como las ovejas que por do vá una, por allí van todas, especialmente en lo malo, y que no es ligero dexas, antes dicen que es morir mudar lo acostumbrado, y por eso las que lo traen donzellas no se pueden vencer á lo dexar ya hechas dueñas, así que en alguna manera dan causa, ó fauor á que nasca aquel daño, y dado que las

bludas y donzellas que lo truxiesen no participassen en aquella manera de pecado, es cierto que no se puede excusar que no pequen tanto, y más en las maneras que se siguen. Lo segundo es hábito luxurioso á las personas que lo traen, porque aquel mucho paño y aforro que traen cerca á las caderas, es cosa muy natural que las escliente demasiadamente, y las pronoque por consiguiente á mucho luxuriar y por medio hallaron los sabios para mitigar el ardor de la luxuria y para guardar la castidad, traer planchas de plomo en los lomos, y en el vientre que los bayan de espigar y traer algund cilicio y paño áspero de sayal que con su aspereza y frialdad castigue y hostigue aquellas partes que han menester aspereza y acote, más que blandura y coquete, pues así como es grand yerro en el comer y beuer, añadir sal á la escina y á la sardina, y á la salsa de los ajos echar comino, pimienta, gengibre y clanos; así acá es grand yerro echar fuego sobre fuego, y aun esto es mayor cargo á las que son casadas, porque han de ser más castas. Lo tercero es á la honrra y fama muy contrarios, por que comunmente es que fue inventado para encubrir los fornicarios y adulterinos preñados, por manera que todas las que los traen buenas y malas son auidas por sospechosas, et infamadas, y aunque no sea así la verdad, pero ciertamente la qualidad y manera del dicho hábito lo base así sospechar, pues como la honrra y buena fama se dena mucho preciar y en mucho tener, y estimar, y sea auída por cruel y muy deshonesto la persona que su honrra y fama menosprecia, graueamente pecca quien tal hábito trahe, que dá causa de tanta sospecha. Es lo quarto hábito deshonesto y muy desvergogado, por que muy ligeramente descubre y demuestra los cancajos y las piernas que como arriba fué tocado, nuda, raleza y uso común y universal desde ab initio acá quis. so que andouessen guardadas, ocultas y cubiertas. Es lo quinto hábito escandaloso, por que conocido que es escliente y que es hábito oportuno para encubrir el pecado, ligeramente se atreuen los varones á requerir á las tales hembras, despertados y combidados por la uista de las piernas, pues dice el Santo Euangélio, que quien á otros escandaliza y les dá causa de pecar, mejor sería con una rueda de molino colgada de la garganta ser lançado en la hondura del mar por que allí peligraría y padecería el cuerpo y perderse ya la vida corporal, mas quien dá causa escandaloso y ocasión de pecar, pierde malamente su anima, que es mucho de llorar. Es lo sexto hábito muy vano y sin algund provecho, porque aunque las caderas anden así demasiadamente arropadas, y por consiguiente muy escalentadas, pero donde abaxo todo aún hueco, y de las piernas muy apartado, por manera que no tiene el provecho para cobrir y calentar para que el hábito fue hecho, y aun digo más que de aqui nasce lo septimo que es hábito peligroso y mucho enfermo en verano y en invierno, por que como anda así hueco y apartado en el tiempo del invierno entra el ayre frio y penetra el vientre que está escalentado y causa dolores de madres y de vientres que son comunes á las mugeres, y en verano calor muy demasiado. Lo octavo es hábito mucho costoso así por que entra mucho paño en él, como por que cuesta mucho hazer, y por que se trahe y gasta priado, andando así plegado y estirado, y después de guardado apenas pueden del para otra cosa aprovecharse, y así á esto quieren decir que ninguno dene tener cuidado, que ellas gasten lo suyo bien mal gastado. No es así, antes quiero todo derecho que los regidores y prebados pronocen, que ninguno use mal de sus cosas, por que de otra manera á la república vernia grand daño, y aun es por todo lo susodicho hábito enojoso á los mas de los maridos, si no que lo nó osan decir por que no quieren reñir sabiendo que no serán creidos. Lo qual es otro sí á la dueña grand pecado, por que en todo lo que no es malo, es obligada á se conformar con el querer y voluntad de su marido; como el abádo religioso á la voluntad de su prelado. Es lo dexo en alguna manera hábito muy vil, y de su condicion y primera intencion á niles usos deputado, por quel traer de las faldetas, las cuales lo leuantan y amoldan; fué inventado para las siervas, que quando se ocupan en los seruiçios y officios humildes y sencillos algan y remangan las faldas de la saya, porque no se les haya de ensuziar, y para guardar la honestad y quedar cubiertas las piernas supllen allí las faldetas de vil y grueso paño porque no ayun lastima de ensuziarse, y aún eran antiguamente las faldetas hábito de cocineras y de regatonas y de triperas. Ca las tales mugeres ponían las faldetas encima de las sayas por no las ensuziar. Agora yá en lugar de aquellas usan avantales de lienço y fué buena avissacion porque se pueden lavar presto, y no hazen mucho peso. Es otro sí hábito muy deforme y mucho feo, ca las haze tan gruesas que parecen pipas, ó toneles cinchadas en lugar de arcos con los uardugos y marvetes. Verdad es que es

cosa natural á las mugeres ser cortas, delgadas y estrechas de arcos y de pechos, y de espaldas, y de pequeñas cabeças, y chicas caras, y aún como dice Santo Isidoro ser un poco corconadas, como la costilla lo era, de que fué formada la primera, y ser otro sí anchas y gruesas de renes de vientres y de caderas, porque puedan bien caber las criaturas que allí han de concebir, y nuevecosas traer, y por el contrario los varones, y aún la filosofía natural quiere, y dice uerdad, que esto há lugar en todos los machos y hembras, tambien en los árboles como en las aués y en las bestias. Mas aunque esto sea uerdad excede el tal hábito mucho y más que mucho de la proporción natural, y en lugar de las hazer hermosas y bien proporcionadas, hazelas feas, muy deformes y monstruosas; ca dexan de parecer mugerta, y parecen campanas. Quiza parecen más propiamente aquellos grandes cencerros que suelen llamar locajos que traen á los cuellos los buyes y vacas quando andan grandes rebañes, y digo que es más propia comparación que parecen locajos, ó sí se pueda decir locajas, porque aquellos grandes cencerros, no son así redondos como lo son las campanas, mas són un poco cuadrados, ó en alguna manera ochavados, y es así la uerdad, que aunque aquellas malditas faldas andan así estyradas, más allá hazen algunos pliegues quatro, ó mas gruesachos ó desdonados, parecen otro sí dragones pintados segund que pintan á sancta Marina quando le bautó con ella el diablo mudado en figura de dragon. Ca de la cinta arriba parecen á sancta Marina, y de la cinta abaxo al diablo en semejança de dragon rebentado. Tambien parecen serenas de la cinta arriba mugeres, y de la cinta ayuso cuerpo de muy grandes aués, ó de grandes pees, y es propia esta comparación, por que no es así la uerdad que aya pescado en el mar ni bestia ni aué en la tierra que sea la meytad sombra, ó muger, ó la meytad pescado, ó uacía. Mas como dice San Isidoro fingieronlo así los poetas para dar á entender que fueron tres malas mugeres muy luxuriosas y muy suzias que engañaban á muchos ombres, y fingon que tenían cuerpos de aués, por quel amor pareça que buela y llega con uñas los corazones en que assienta, y fingon que morruan en las ondas del mar, porque las ondas y el nauagar, diz que pronocan á luxuria. Parecen finalmente como dize un ueron sabio á los caualleros que hazen en la fiesta del Corpus-Cristi, ó al repchimiento de los reyes. Tal uestidura dize Sant Isidoro que se llama mastuga, que quiere dezir uestidura muy deforme y monstruosa y peregrina. Dize Soplionias profeta que se ensaña mucho Nuestro Señor y que las uisitará y castigará asperamente con el agote de su furor. Es finalmente hábito de grand y muy místruso, grand ficcion es por cierto que la que es flaca y descaderada, seca y mucho delgada haga caderas y cuerpo de trapos y de lana, y aún quando se hiziesse tempradamente, allí podría passar, y quando mas sería pecado uenial; mas hecho por tal manera tan sin medida y tan demasiado, sin dubda es ficcion y mentira de grand culpa y grand pecado, ca toda ficcion y simulacion que no es hecha para significar algund misterio, es mentira, y por consiguiente pecado, porque toda mentira es pecado, agora sea de palabra agora de obra, no miente ménos el que por obra, ó obras fingidas muestra lo que no es; que el que dize palabras que afirman lo que no es. Verdad es que como toda mentira sea pecado; pero no es siempre pecado mortal, así el ombre miente linianamente por burlar y auer placer sin dañar á ninguno, no pecca mortalmente, ni aun si por hazer algund provecho sin hazer á alguno daño miente, tampoco pecca mortalmente. Mas si miente rexiamente en daño ó en perjuicio de alguno, entonces la mentira es pecado mortal; y grand culpa mayor ó menor segund la qualidad y cantidad del daño que della resulta, pues así es de las ficciones, que si alguna se finge hermosa con afeytes y colores pelando las cejas y poniendo alcoholos. Si lo haze uianamente y no con intencion de atraer ni engañar á alguno á que con ella peque, pecca uenialmente, y si por aplazer á su marido y lo retraber de algund dicio, tambien parece que es pecado uenial, y si es donzella y se afeyta por cobrar marido, nó la sabria excusar, porque lo haze en perjuicio de aquel, al qual quiere engañar, ca seyendo fea, se uende por hermosa, pero ni tampoco la osan condenar, y así es en el uestir y en el calçar, que la persona que mucho excede de lo natural fingiendo con los chapines la altura que no tiene, con grand soberbia de parecer grande la que es pequeña, mayormes como Nuestro Señor nra querido que las mugeres sean comunmente pequeñas de cuerpo, y menores que los varones, porque por ellos han de ser regidas como por mayores, ó fingiendo con trapos y lana, y con faldetas y uardugos la grossura que no tienen, siguiéndose de total los males, daños y pecados que son dichos; no

es dñda sino que tal ficción y mentira sea peccado mortal, pues parece que estas doze causas y razones que las caderas y uerdugos son hábito muy dañado y muy malo, y que muy razonablemente fue defendido, y só pena de excomunion uedado, y como sea hábito tan deshonesto, tan dissoluto, y tan superfluo, es defendido por todo derecho, que no consiente sino lo mesurado y honesto, y ai lo aquí escripto parece mucho y rigoroso, lean las personas que assi lo piensan lo que los sanctos doctores escriuieron contra ello, especialmente Sant Cipriano obispo, y nuestro glorioso padre San Hierónimo, y aun á osadas Sant Crisóstomo, y uerán quanto yo me tempro, y aun quanto soy aquí piadoso, però esto ayan por cierto que emendar lo que Dios hizo fingiendo otros cabellos, otros ojos, otras cejas, otros colores en el rostro, otra statura y proporción de cuerpo; es grane sacrilegio, ca por injuriado y muy injuriado se tenia qualquier pintor, ó entallador del que quissiese poner mano á emendar lo que él ouo pintado, ó entallado, y assi dizen aquellos sanctos, y es terrible sententia, que Dios no conoscerá, antes reprobará, y muy ayradamente alancará con los diablos á las personas que por tal manera en sus rostros y en sus cuerpos pusieron sus manos. La qual sententia se deue entender y temprar como ya lo tempro y declare, plega á Nuestro Señor que mi mucha piedad y temprança en aquesta parte no engañe y haga errar á algunas atreuyendo sé quicá mas de lo que fasta aquí se atreúan, aunque si bien lo lean, y bien lo miran, y bien lo quieren guardar pienso que no podran mucho errar,

CAPITULO VII.

Demuestra que los motivos y razones de dñdar cerca de lo sobredito, que al comienzo fueron apuntados, no son suficientes para impedir ni estoruar que lo sobredito se sea muy bien ordenado y que deua ser muy bien guardado.

También es ya declarado por lo susodicho, que aquellos motivos que al comienzo fueron apuntados que mouian á creer que aquel maldito trage no se pudiese uedar, no son uerdaderos, ca no es assi, que cada uno se puede uesir á su uoluntad, porque si aquella uoluntad es mucho desordenada, no le ha de ser dado lugar, y assi es en aqueste caso, en el uesir no hay regla cierta. Verdad es para en cada cosa y cosa, por quel varon prudente y sabio que lo tal ha de reglar, cometa al aluedro y uoluntad de cada uno que traya lo que le agradare tanto que no exceda mucho de lo natural y honesto y razonable. Ca si mucho excede como en nuestro caso acaspe, el prelado eclesiástico, ó seglar lo ha de refrenar y reglar lo ha de uedar. En cada tierra hay y siempre ouo su uso. Verdad es quando el tal uso no es mal uso, ca si es mal uso, no se ha de llamar nec syno abuson y cosa de confusión. Ni costumbre si es mala, mas corrupcion, y quando assi es, no ha de ser consentido ni sofrido, y si se sufre, aquello es por malicia y negligencia de quien lo ha de corregir, y lo que de suyo es malo, aunque se use en todo el reyno y en todo el mundo, no es por esso bueno. Toda carne corrompió su manera al tiempo del diluio, mas no dexó por esso de ser grane peccado con aquella pena grauissima castigado: todo el mundo idolatraba, salvo el patriarca Abraham, mas muy grane mente peccaua. Solo Lot se halló bueno en Sodoma y Gomorra, mas destruyolos Nuestro Señor. En cada cubo juegan y blasfeman y quebrantan las fiestas, y apenas hay quien lo castigue ni refrane, ni se duella dello, mas no es por eso bueno, assi que entonce no excusa el uso quando lo que se usa es conosciadamente malo de suyo, como lo es en nuestro caso, parece otro sí que pueden sobrello descomulgar, pues que hay en ello peccado y peccados mortales muchos y mucho grandes, el derecho no determinó enteramente el hábito clerical, però mandó que fuesse honesto, y que no truxiesen los clérigos uestiduras hermejas ni uerdos, ni abiertas ni partidas, ni hechas á mitades, ni muy cortas ni muy luengas, ni cosas de oro ni de plata, ni aun doradas ni plateadas, etc. No se vierda en todo el reyno porque no hay pocos, ni en pocos lugares que zelen y procuron lo bueno, però cada prelado y gobernador en su pueblo es obligado á uedarlo, y el pueblo á obedecerlo. Assi que cesan aquellos motivos como insuficientes que hazian dñdar si el trage de las caderas y de los uerdugos en la muy noble villa de Valladolid se deua uedar, y si: los promissores pudieron sobrello descomulgar.

CAPITULO VIII.

Demuestra que en la muy noble villa de Valladolid más que en otro lugar se deua aquella reproducir y uedar y uer lo así tractado.

Para dar cabo y fin á este tractado, es finalmente de saber que en aqueste nuestro tiempo no hay lugar en todo el reyno que tanto sea obligado á procurar y seguir

lo bueno, y huyr y uedar lo malo, como la muy noble villa de Valladolid, porque es grande pueblo, de gente muy discreta, noble, virtuosa, y deuota en todo estado en medio del reyno como plaça collocado, de mucha lumbré de scientia alumbrado, assi por razon de la uniuersidad, como por la corte y chancellería que en ella reside, de mucha insticia civil y criminal, dotado mas que ninguna cibdad por la razon de la dicha corte y chancellería, de exemplos de todas uirtudes adornado, assi por razon dela iglesia insigne que en él es, aunque collegial, como por los notables monasterios de todas religiones y de mucha obseruantia que en ella son por notables predicadores en vida y en scientia continuamente exhortado y amonestado, por manera que no tiene excusacion alguna ésta muy noble villa de no hazerlo bueno muy cumplido y por entero, y como centro que mas uirtud recibe y tiene, comunicarlo á todo el reyno, pues que tanto es ayudada para el conocimiento y prosecucion dello, ántes es digno de muy grand pena si es negligente y remissa, porque á quien mas dones Nuestro Señor dá, más le demandará y aun hablando en este caso deste trage maldito y muy deshonesto, diz que en esta villa ouo comienço, ó fué luego aceptado, usado y favorecido, pues manda Nuestro Señor que el que pozo, ó hoya abriere, que él mesmo de ciarre, y que qualquier que diere escándalo y señuelo de peccar, trabaje por tyrrarlo con mucho bien obrar, y assi acaba este tractado hecho con muy sana intencion de excusar las offensas de Nuestro Señor, mayormente en este tiempo en que su yra primero con el acote de la seca, y despues su grand benignidad en la pluvia abundosa nos obligan á emendar qualquier offensa, ó yerro aunque fuesse muy pequeño, però si con aqueste zelo, feruor y deseo en algo aquí excedí, y no he tenido la modestia en todo y mesura que deuí, demandó perdon dello á qualesquier personas que offendi. Rogando á Nuestro Señor tal qual so, que á ellas y á mí dé gratia y facultad para en todo conoscer y hazer su uoluntad. Amen.

Y vos señoras mias reduzidas á uuestra honestad, rogád por mí peccador á su infinita maiestad.

FERNÁNDEZ JANEZ.

CASADO CIVILMENTE.

Tengo un hermano exéptico y republicano rojo, por añadidura, al que los vientos revolucionarios del año de gracia 1886 arrojaron de esta villa, que entónces era córte, y en la actualidad se halla reducida á la categoria de loa es, ó como si dijéramos, cesanté.

Mi señor hermano, como ya lleuo referido, es un rancio filósofo de cincuenta años, para quien las mujeres fueron siempre una especie de sirenas, de cuyo fascinador influjo procuró con todas sus fuerzas sustraerse. Así es que hasta en esas primeras épocas de las crisis del corazon, que se verifican á los quince años, á los veinte, veinticinco, treinta, treinta y cinco, cuarenta y aun cuarenta y cinco (que en esto de las crisis parece el corazon un ministerio español), jamás le hizo á mi precitado hermano movimiento alguno ese órgano á organillo, que corazon se llama, donde la mano del destino está tocando sin cesar las dulces armonías del sentimiento.

Però como en el amor no hay escampo, y no hay más que sentido alguna vez ó reventar, y reventar tambien cuando se sienta, de modo que por él sale uno siempre reventado, aconteció que lo que no había sucedido á mi hermano en esta córte, donde hay tanta mujer capaz de inspirar no una, sino sesenta pasiones por minuto (creo que está es marchar al reló), le sucediera en la ciudad de Reus, adonde se había refugiado despues de los acontecimientos susodichos.

Por lo expuesto se colige que mi hermano ha estado en Reus tres años consecutivos amando á una mujer; y como ántes de nuestra revolucion no había matrimonios á su gusto, así que ésta nos importó uno, con todas las condiciones de su temperamento liberal y revolucionario se decidió al fin á humillar la cerviz bajo la sacra coyunda de Himeneo, que ya sabrán Vds. que es el dios mitológico que preside los desposorios, aunque desde que supo que en Reus se habían adoptado los matrimonios civiles pidió sus pasaportes para emigrar al extranjero, por figurarse que eso de *civiles* oía á guardia vatarana.

Pues como iba diciendo, yo colijo que á mi hermano le ha debido pasar lo que le contado, pues áterlo de fijo no lo sé; él ha sido siempre hombre de muy pocas palabras, y ni aún en una ocasion tan solenne como la de ir á casarse, en que siempre se despidió uno de sus parientes y amigos como quien va á dejar el mundo, y se

confiesa tambien como si se viese amenazado de un gran riesgo, nó ha sido, repito, para escribirme una mala carta (que mala había de ser tratándose de tal asunto) dándome cuenta de su resolucion.

Lo que hizo fué entenderse conmigo por telégrafo, manera por cierto digna de él y de su civilizado matrimonio.

Hé aquí los despachos que entre nosotros mediaron con motivo de su enlace.

Los iremos señalando con sus correspondientes números, á la manera que se hace con los documentos diplomáticos.

Núm. 1. A Pedro Gomez.—Madrid.—A las seis y diez minutos de la mañana.—20, noviembre, 03.—*Me caso en Reus.*—LUCAS.

Figúrense Vds. qué sorpresa para mí. Telegráfá inmediatamente en estos términos:

Núm. 2. Anstado.—*Dime si ha habido expresion de letra.*—PEDRO.

Núm. 3. Ninguna.—Civil.—LUCAS.

Núm. 4. *Me casado todavía.*—*¿Te caso con un civil?*—PEDRO.

Núm. 5. *Mujer guapa.*—Civil.—LUCAS.

Núm. 6. *¿Es uida de un guardia?*—*Más detalles.*—PEDRO.

Núm. 7. *Soltera.*—Civilmente.—LUCAS.

Núm. 8. *Dejado mano Dios.*—PEDRO.

Núm. 9. *No hay tal.*—*Por seis meses.*—LUCAS.

Núm. 10. *Esto es otra cosa.*—*Deudas honor pagueuse.*—*Però por iglesia.*—PEDRO.

Núm. 11. *Bala.*—*No entendiste.*—*Casarme sólo por seis meses.*—LUCAS.

Núm. 12. *¿Ej?*—*¿Prieta?*—*Civilmente!*—*Seis meses!*—*Perdudata!!!*—PEDRO.

Núm. 13. *Ya está.*—LUCAS.

Núm. 14. *¿Qué está?*—PEDRO.

Núm. 15. *Casamiento hecho.*—*Rato.*—LUCAS.

Núm. 16. *¿Rato?*—*¿Como cuánto rato haes?*—PEDRO.

Núm. 17. *¿Porpe?*—*Rato ahora, consumado mañana.*—*No caben explicaciones.*—*Las daré, correo.*—LUCAS.

Núm. 18. *¿Lo hecho hecho.*—*Però por mí descomulgado.*—PEDRO.

Núm. 19. *¿Reaccionario!*—*Moderado!*—*Retrógrado!*—LUCAS.

Núm. 20. *¿Republicano!*—*Socialista!*—*Comunero, digo, comunista!*—PEDRO.

Estos fueron los telegramas que entre nosotros se cruzaron con motivo del matrimonio civil de mi republicano hermano Lucas, y perdóneme Vds. el superlativo.

Y como en nuestros dos últimos telegramas reñimos y nos motejamos de un modo inconveniente, yo me volví á cuidar de pedirle más explicaciones, renunciando á averiguar el verdadero significado de aquella pala-

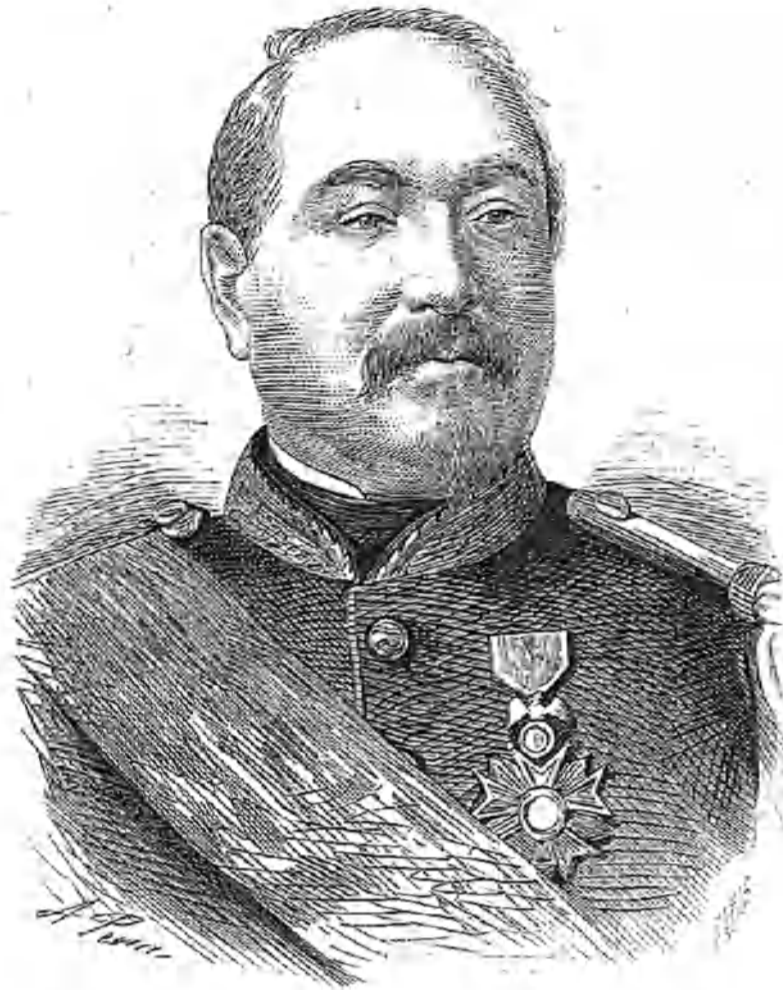
brilla *vato*, que durante alguno puso en tortura mi caletre. Yo había oído hablar alguna cosa acerca del flamante matrimonio civil que se había empezado a usar en Reus; pero jamás imaginé que mi hermano, a pesar de sus exageradas ideas en política, siendo como es hijo de padres muy católicos, muy apostólicos y muy romanos, como que los dos nacieron en Casillejas y vinieron a Madrid por vicisitudes de familia; jamás, repito, imaginé que él pudiese dejarse arrastrar por la corriente de las innovaciones revolucionarias hasta el extremo de casarse civilmente.

Pero en el mismo pecado cometido encontró mi pobre hermano la penitencia. Parece que su desposada civil, yo no sé si al poco ó mucho *vato* de casarse, empezó a hacer de las suyas, hasta el punto que mi pobre hermano cayó al fin en la cuenta de que su cara mitad no andaba muy derecha. Creyendo, á lo que parece, enderazarla, un día ó una noche, que en esto las crónicas no están contestes, le arrimó un palo con el cual la acabó de ladear, si bien en sentido distinto del en que ella se desnivelaba. Esto, como es natural, produjo sus precisas consecuencias, que fueron los disturbios, la ruptura de la paz y la separación de aquella pareja de civiles, que así creo se podrán llamar habiendo sido unidos civilmente.

Una mañana me hallaba yo en mi cama—claro está que había de ser en la mía, y no en la del vecino—cuando entró mi criada, trayéndome un parte telegráfico. Ya pareció aquello—dije para mí—y en efecto, *aquello* había parecido.

El parte decía así:

Palos. — Escándalo. — Rompimiento completo. — Separación. — I. D. C. A. S.



EL MARISCAL BAZAINE.

Ann cuando el telegrama era oscuro, por dejarme en la duda de si el rompimiento había sido de algun hueso, ó del vínculo, y la separación de alguna castilla de los cónyuges, ó de los mismos cónyuges, comprendí no obstante lo principal, á saber: que mi hermano y su cara mitad se habían tirado los trastos á la cabeza, que se habían puesto como nuevos, y en una palabra, que estaba ya deshecha aquella *union liberal*.

Una carta posterior corroboró mis presunciones. Mi hermano acababa su epistola con esta amarga epifonema. *¡Para esto me he casado civilmente!*

Ahora bien, queridos lectores: ¿Ustedes creerán que el objeto de este artículo es censurar el matrimonio civil y ponderar las excelencias del matrimonio canónico? Pues no, señores. Todo lo que á mi hermano le sucedió casándose á la moda de Reus, sucede diariamente á multitud de personas que se casan con todos los requisitos y condiciones canónicas.

Y es que el matrimonio, señores, es una cosa muy delicada, de cualquier modo que se lo considere.

La mujer es, y permítame Vds. el jaimil, como un melon. ¿Quién, antes de calarlo, se atrevería á decir: este melon no saldrá calabaza?

Creárame Vds., caballeros, no se casen ustedes: es opinión de un soltero recalcitrante.

SALVADOR MARÍA GRANÉS.



EPISODIOS DE LA GUERRA.—APROVISIONAMIENTOS DE LA CIUDAD DE PARÍS.

REVISTA

MONUMENTAL Y ARQUEOLÓGICA.

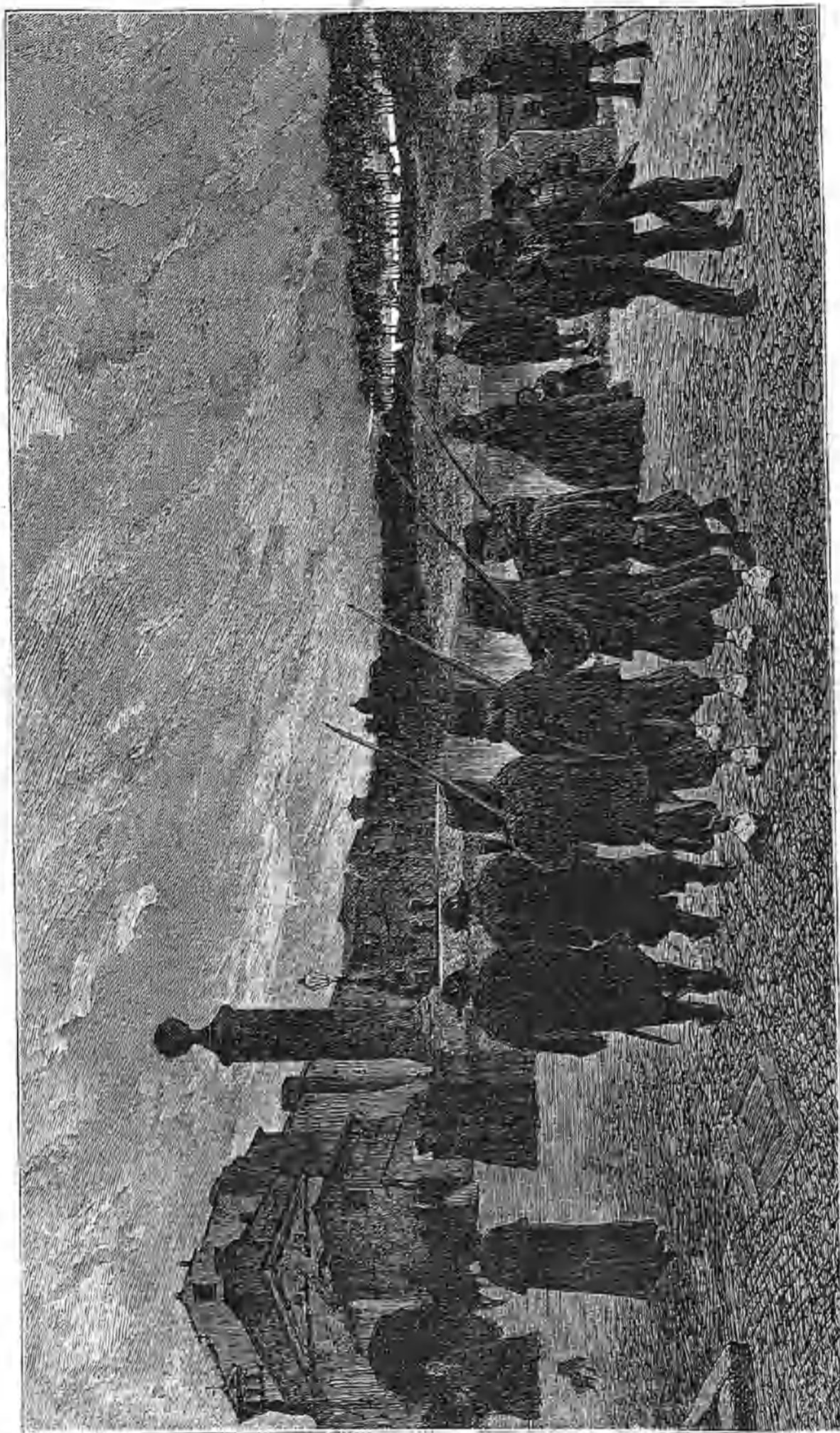
I. Nuevas noticias sobre las excavaciones de Palencia.—II. Sepulcros de los reyes de León.—III. Últimas excavaciones y descubrimientos en el anfiteatro de Itálica.—IV. Utensilios romanos del Museo de Tarazona.—V. Descubrimientos hebraicos en la Coruña.—VI. Junta pública anual de la Academia de la Historia.

I.

Dimos en nuestra revista de junio alguna noticia de las excavaciones practicadas en la provincia de Palencia, indicando que procuraríamos completarlas en lo posible, ya respecto de las antigüedades descubiertas, hasta aquella fecha, ya de las que en adelante se descubrieran. Hoy, merced á la diligencia de nuestro amigo el celebrado artista D. José Casado y Alisal, y al loable celo del profesor de la Universidad central, don Juan Vilanova y Piers, podemos añadir algunos pormenores interesantes, por los cuales comprenderán los lectores que tienen los descubrimientos referidos mayor importancia y trascendencia de las que hubimos de atribuirles al principio. Excitado el interés general por el cebo de la ganancia, en la búsqueda y explotación de huesos aptos para ciertas fabricaciones, háase en efecto extendido desde Paredes de Nava á otros muchos pueblos comarcanos los ensayos de exploración, propagándose en breve, no ya sólo á la provincia de Valladolid, mas también á la de Salamanca. Cabezas y colinas enteras han sido en consecuencia excavadas y desenvueltas con incansable ahínco, y por todas partes se han exhumado tan copiosos restos de antigüedad, que han despertado al fin en todos la atención de los hombres entendidos, para quienes valen y significan algo los monumentos y reliquias de las pasadas generaciones.

Pero estos inesperados descubrimientos no se refieren sólo á una civilización y época dada, sino que abarcan muy diferentes culturas y dan razón de muy distintas edades. Los exploradores, sin los conocimientos necesarios para distinguirlos, ni el criterio suficiente á señalar la línea divisoria de unas y otras capas del terreno que explotaban, y que hubieran debido dar motivo á separadas investigaciones, han formado el más lastimoso *pelle-molle* con todos los objetos arrojados por la tierra removida, dificultando sobremanera el estudio y apreciación de las mismas y bajo muy variadas relaciones. No es sin embargo difícil al geólogo ni al arqueólogo el reconocer y clasificar dichos objetos: el citado profesor, don Juan Vilanova, lo ha hecho ya, respecto de los que se refieren á la fauna y á las edades prehistóricas: nosotros hemos examinado en su poder, demas de varias hachas de piedra, de algunos primitivos instrumentos de hueso exornados de labores, y de no pocos fragmentos de cerámica pertenecientes á la edad llamada de Bronce, numerosos útiles de más cercanos tiempos, pues que no sólo corresponden á la civilización romana, sino que pueden, sin compromiso, traerse hasta el siglo vi de la era de Cristo.

Abundan, en efecto, entre las antigüedades de este género, recogidas por el Sr. Vilanova en su reciente viaje al teatro de las excavaciones y existentes allí en poder de particulares, según la relación que nos hace el señor Casado, los brazaletes y armillas, las fibulas viriles y femeniles, los anillos, los punzones y agujas oronarias y autorias, ya de hueso ya de bronce, las estelas asimismo de bronce y de hueso, las cucharillas, los amuletos de barro y cobre, los pendientes ó *mazares* de bronce ó sobredorados, las monedas del segundo al quinto siglo de la era del César, y finalmente los idollitos, lares ó penates, entre los que han parecido de mayor precio algunos Cupidillos y Priapos. Ni han escaseado tampoco los objetos de la cerámica, pertenecientes á este último período histórico de los representados por



ROMA.—¡Bilo silensio! ¡che passa la ronda! CUADRO DEL SEÑOR TULLACER.

las excavaciones iniciadas en Paredes de Nava: demas de muy curiosas *lucernas*, algunas de las cuales llevan la marca de sus autores, nos ha sido también posible examinar preciosos fragmentos de vasos saguntinos, embellecidos de multiplicadas labores, entre las que no dejan de interesar delicados relieves con bustos y representaciones simbólicas.

Como á tres leguas al Norte de Palencia se han descubierto por último grandes trozos de muros y en sus intermedios trozos de mosaicos y gruesos fragmentos arquitectónicos, tales como de frisos y cornisas. Nuestros amigos declaran en sus cartas que si bien son un tanto rudos los ornatos que los decoran, acusan los referidos fragmentos arquitectónicos la existencia en el lugar del hallazgo de un gran edificio. ¿Qué objeto tuvo esta construcción? ¿Era un templo?... ¿Era un palacio? Los que se inclinan á verlo todo romano, han indicado

la hipótesis de si pudo ser un templo de Diana, fundados en la fabulosa abundancia con que se han hallado los cuernos y huesos de ciervo por aquellos contornos; pero las indicaciones paleontológicas del Sr. Vilanova y sobre todo los procedimientos del arte industrial, tan rudo como embrionario, que en los útiles de hueso se revelan, relegan esta suposición á la esfera de las fantasías gratuitas, no habiendo relación de coexistencia entre la construcción citada y los indicados despojos cervinos.

Como quiera todos estos hechos, á que presta cierta luz la *lucerna hospitalis* ya conocida de nuestros lectores y cuyo fiel diseño les ofrecemos hoy, merced al favor del señor D. Juan Gurrás, diligente anticuario palentino, debían despertar, y han despertado en efecto, muy vivamente el interés de la Academia de la Historia, y merece llamar la atención del Gobierno por las circunstan-

cias con que aparecen. No se trata ya de un descubrimiento fortuito, aislado, de difícil ó imposible clasificación y que no alcance por tanto á derramar luz alguna sobre la historia patria: las excavaciones que hoy se hacen en el centro de Castilla, la Vieja, y en un radio no menor de treinta leguas, aunque no movidas de un interés científico, ni realizadas con otra mira que la de una modestísima ganancia, parecen evocar al propio tiempo la memoria de muy apartadas generaciones, hijas sin duda de muy distintas razas, bien que nacidas en un mismo suelo; y esta múltiple, promiscua y no esperada exhibición no puede menos de solicitar los cuidados y esfuerzos de los arqueólogos, de los hombres científicos y aun del Gobierno supremo, si no ha de ser de todo punto infructuosa para la cultura nacional, cayendo de nuevo en las entrañas del olvido ó quedando envueltos en las tinieblas los desconocidos hechos que hoy nos revela.

II.

Un acontecimiento, harto doloroso en su relación histórica, aunque propio para acreditar el celo de la Comisión provincial de Monumentos y del gobernador civil que en él intervinieron, ha venido á demostrar una vez más la necesidad y la conveniencia de que el ministerio de Fomento no se canse jamás de recomendar á las autoridades la inspección y custodia de los monumentos históricos y artísticos. Cuando años pasados, con aplauso de los hombres ilustrados y aprobación de las Academias de las Tres Nobles Artes y de la Historia, fueron derribados los muros y tabiques que tenían condenado á perpétua oscuridad el *panteon de los reyes de Leon*, experimentaron los descubridores uno de aquellos engaños que sólo pueden quitarse en presencia de los hechos.—Las bóvedas de aquel augusto é imponente aunque breve recinto conservaban, para gloria del siglo XI, arañas arañas han sido hasta hoy en nuestra patria tan mal juzgadas como desconocidas, los frisos, que á poco de ser construídas las enriquecieron, y que las constituyeron tal vez en el primer monumento español de su especie. Grande fué, pues, la satisfacción de los arqueólogos, que estudian en las producciones de las artes la historia de las generaciones pasadas, al poseer tan fehaciente documento del error, con que habían sido condenados á llevar el baldon de la barbarie los españoles de la expresada centuria; y la Comisión encargada de la publicación de los *Monumentos arquitectónicos de España* se apresuró á adquirir esmeradísimas reproducciones al cromó de aquella pintura mural, destinadas á excitar sin duda la admiración de artistas y arqueólogos extranjeros.—Pero si cupo á todos la noble satisfacción de saber que en tantos años de reclusión y de abandono no habían perecido estos notabilísimos frescos, asombro y asnojo grande produjo, primero en los descubridores, y despues en todos los hombres ilustrados, el lastimoso espectáculo que presentaban los sepulcros, casi todos despedazados y despojados de las lápidas en que se veían esculpidas como de dibujo las figuras de los reyes cuya memoria consagraban, no ménos que las inscripciones que en su alrededor ó á sus piés se leían, dando razón de sus respectivos dueños.

Tiempo hacia en verdad que, destruidos y profanados los sepulcros de los reyes por quien tenia, respecto de su conservación, la mayor deuda de gratitud y de respeto, habían sido arrojadas de aquel local las mencionadas figuras yacentes, que parecían mendigar de puerta en puerta el asilo que se les habia arrebatado. En huertas, en verjas, en vallados y en otros sitios ménos nobles les dió al cabo lugar la ignorante codicia de sus compradores, y divididos en trozos con no menor criterio, acabaron por desaparecer á las miradas de los estudiosos, ocasionando con su pérdida notables errores históricos, aun respecto de los más entendidísimos investigadores de nuestra complicada cronología.—El hallazgo de uno de estos desdichados fragmentos, que encerraba la parte inferior de una figura mortuoria, con el final de una inscripción latina, en que constaba la Era de *xxxvii*, inspiró á uno de los más celosos individuos de la Comisión de Monumentos de aquella provincia el proyecto de inquirir el paradero de lo restante del sepulcro; y auxiliado por el gobernador de la provincia, que lo era el señor Anterius, no sólo alcanzó á recoger un fragmento de la parte superior del mismo grabado, sino también un trozo de la inferior de otra figura, en que constaba por fortuna parte del epitafio con la Era.

Por el examen de estos estimables fragmentos, recogidos ya en el nascente Museo de Antigüedades de Leon y cuyos diseños debemos á la ilustrada cooperación del señor D. Ricardo Velazquez del Bosca, se viene fácilmente en conocimiento de cuán dolorosa fué la profanación ejecutada por los canónigos de San Isidoro en el

panteon de los reyes, que constituía un verdadero Museo de los siglos X, XI y XII, trasladados allí por su restaurador Fernando I, los sepulcros de sus heroicos predecesores.—Sin duda los dos fragmentos que señalamos con los números I y II, conforme al orden en que fueron hallados, pertenecieron al sepulcro de Bermudo II, que pasó de esta vida en 999, *proprio morbo*, según la expresión del *Cronicon Silense*. Son de mármol rojo muy claro; y colocados á la distancia de 0,70 uno de otro, arrojan la proporción de 2,65 por 1,31, dimensiones bastante considerables, que dan idea del tamaño real del monumento, teniendo también en consideración la parte que debió ocupar la inscripción en los dos costados en que ha sido picada. Aunque todavía ofrece la figura no poco interés indumentario, así en la corona, que se halla preparada para transformarse en verdadero *spanoclysto*, según muestran las anillas del borde superior, como en la sencilla túnica, que baja hasta los piés, calzados de muy características *sopatas*, mutilado el epitafio por las razones indicadas, sólo nos presenta legibles las dicciones siguientes:

(BERMUDO) ORDOÑO + ESTE IN FINE VITAE SEU DEGNAM DEHE...
(A)B IATA QUESIT ABRA XXXXVIII

Bermudo II fué, en efecto, hijo de Ordoño III, y en los últimos días de su vida, esto es, de 997 á 999, reparó los estragos causados por la invasión de Almanzor, verificada en el primer año y en la cual, como dice el Silense, «ecclesias, monasteria, palatia fregit atque igne cremavit». D. Bermudo procuró en primer término restaurar la basílica de Santiago de Compostela, casi del todo destruída; y sin duda á esta circunstancia aluden las últimas palabras del epitafio.

No es ménos interesante el fragmento que bajo el número III reproducimos. Pertenece acaso al sepulcro de Bermudo III? Formó parte del de D. Sancho, el Mayor, padre de Fernando I, el Magno? A la verdad, no es tan fácil como alguna pretende la resolución de este problema, con sólo poseer el trozo de inscripción que ha llegado á nuestros días, pues que únicamente sabemos:

(MAGNO) MAGNO FERNANDO ORDOÑEZ REX

Ambos reyes fueron enterrados en el *Panteon* legionario bajo el inspejo del rey D. Fernando I; porque si bien es cierto que al morir D. Sancho el Mayor en la Era de *xlxxxii*, fué enterrado por su hijo, según habia deseado, en el monasterio de Oña, «magno cum honore», también lo es que vencido de los ruegos de su mujer, doña Sancha, determinó D. Fernando á reedificar con gran magnificencia el *Panteon* referido, trayendo á él, y haciéndole honroso sepulcro, los restos mortales de su padre. Y como respecto de D. Bermudo III consta igualmente que fué sepultado reinando ya D. Fernando, que le dió muerte, entre los demás reyes de Leon, y que por descansar «in legionensi regum coemeterio», anheló la referida doña Sancha, su hermana, ser también allí enterrada con su marido; dada hoy la duda que trae consigo el fraccionamiento de la losa sepulcral, no es cosa corriente ni llana el decidir la cuestión propuesta. Yepes en su *Historia de la Congregacion de San Benito*, Risco al ilustrar la iglesia de Leon en la *España Sagrada*, y Manzano en su *Historia de San Isidoro de Leon* se inclinaron, sin embargo, á suponer que el sepulcro en cuestión es en efecto el de D. Sancho el Mayor, nuevamente construído en Leon por su hijo don Fernando; pero sobre notarse desde luego que no se conformaron en la lección del epitafio los dos últimos, pues mientras Risco escribió: «Rege Fernando. Obiit: Era *xlxxxii*», estampó Manzano: «Magno Ferdinando», etc., omitiendo el «rege» que á estas dicciones precedía, es de advertir que aplicada esta leyenda al sepulcro del citado D. Sancho, no le habra sentado bien el título de Magno, con que á D. Fernando se distingue, y antes por el contrario hubiera convenido decir, según la costumbre y la piedad filial: «rege Fernando, filio suo», ó simplemente «filio». El precitado título de excelencia que distinguió al hijo de Sancho, el Mayor, no es dudoso en el epitafio, como no lo es que reinaba al erigirse el sepulcro: por manera que, ó hubo de grabarse dicha leyenda, ó á ser para la tumba de D. Sancho, muerto ya don Fernando y en el reinado de D. Alfonso VI, su hijo, ó perteneció desde luego á la tumba de Bermudo III, antes ó despues de reedificarse el *Panteon regio*, y siempre mandada aquella labrar por el esposo de doña Sancha.

Tales son las dudas que levanta con frecuencia sobre la historia nacional el ignorante y punible abandono y destrucción de los monumentos arqueológicos. Digna de toda consideración será la Junta científica que en la provincia de Leon los tiene por la ley bajo su cuidado, si, alentada por el buen éxito, prosigue sus investigaciones

hasta completar estos sepulcros ó descubrir algunos otros de los destruídos y arrojados del *Panteon de los reyes*. Ya que no le sea dado restituir este insigne depósito de las artes de la Edad Media á su pristino estado, no dude que ha de ganarle el aprecio de los hombres ilustrados todo trabajo en semejante concepto, como se lo ganará sin duda la realización de otros proyectos no ménos loables, entre los que se cuenta la restauración del bellísimo monasterio de San Miguel de Escalada, que en su día juzgaremos.

(Se concluirá.)

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

EN EL CUERPO DE UN AMIGO.

NOVELA DIABOLICA

por

JOSE FERNANDEZ BREMON.

(Continuación.)

CAPITULO XVIII.

CLOTILDE.

—Don Braulio, he debido negarme por tercera vez á esta entrevista, con la cual estoy ofendiendo la memoria de Luciano, decía Clotilde sentada en el sofá de su gabinete y fijando en el pobre viejo miradas verdaderamente crueles.

Era cruel, en efecto, guardar rencor á aquel miserable cuerpo que apenas podía sostenerse y en cuyo rostro se reflejaba un gran desaliento; la vejez se habia apresurado en aquella cara donde la destrucción ofrecia sus más graves caracteres: sólo una mujer herida en su primer amor podía contemplar sin lástima las tristes y moribundas facciones del anciano.

—Clotilde, dijo Luciano con voz solemne y conmovida, no tengo á solicitar perdón ni á llorar con Vd. la muerte de Luciano, sino á exigir de Vd. un violento sacrificio: ante todo, permítame Vd. dirigirla esta pregunta. ¿Qué amaba Vd. en Luciano?

Clotilde hizo ademán de levantarse; pero la mirada suplicante del anciano la detuvo.

—Usted me tomará por un insensato; la razón me está imponiendo silencio y sin embargo no puedo guardar más tiempo mi secreto. En nombre de Luciano le ruego á Vd. que conteste á mi pregunta.

Clotilde no despegaba los labios.

—¿Calla Vd...?

—Calla por no dejarme llevar de mis impresiones: abrevie Vd. su visita: mi madre puede llegar de un momento á otro y si aun quisiera que mi madre me sorprendiese escuchándole á Vd. con tanta calma.

—Pues bien, Clotilde, será lacónico; ante todo, recuerde Vd. los detalles de nuestra última conversacion: percó usted que pudo Luciano darme los pormenores íntimos de sus entrevistas con Vd. que referí tan misteriosamente?

—No lo creo.

—¿Cómo se explica Vd. entonces lo que le dije aquella noche?

—Aún no me lo ha explicado.

—¿No ve Vd. en ello algo sobrenatural y misterioso?

—Es verdad.

—Bueno! reconcítrase Vd. en sí misma y busque en su memoria un hecho, una palabra, cualquier cosa que solamente pudiera saber Luciano, por los cuales le hubiera Vd. reconocido bajo el disfraz más impenetrable.

—Don Braulio, Vd. me propone una especie de burla á que no debo prestarme.

—Hablo con toda seriedad, y advierto á Vd. que la prueba que propongo es necesaria para una revelación importantísima.

Clotilde palideció, y dijo despues de una breve pausa:

—No me atrevo.

—¿Tiene Vd. miedo á la prueba?

—Creo que sí.

—¿Sabe Vd. el motivo?

—Lo ignoro: me parece que una escucha el alma de Luciano.

—Es la verdad, Clotilde.

La pobre niña temblaba.

—Pero, añadió Luciano, no es el alma que flota sin cuerpo escuchando nuestra conversacion, y que sólo se revela produciendo en nosotros misteriosas sensaciones, sino el alma cautiva en un cuerpo.

La idea de la locura de D. Braulio se ocurrió naturalmente á Clotilde.

—Y, sin embargo, pensó ésta, no creo que esté loco. Si Vd. tuviera el convencimiento de que sólo ha muerto el cuerpo de Luciano, ¿seguiría Vd. amando á su espíritu, Clotilde?

—Esa duda me ofende.

—Y si su espíritu se apareciera en la forma que le fuere á Vd. más odiosa?

Clotilde, que en su rencor hacía D. Braulio había dado treguas á su dolor, al oír aquellas palabras que la recordaban la triste suerte de Luciano, no pudo contener sus lágrimas. Luciano estaba también muy conmovido.

—Ya no he de verle nunca: hace Vd. mal, D. Braulio, en recordarme lo que he perdido, y en dar esperanzas que no pueden realizarse.

—Clotilde, una sola palabra por la que reconozca usted á Luciano y prometo devolvérsela.

—Usted juega con mi dolor; la venganza que ha tomado en Luciano no le ha satisfecho, y me persigue usted porque le amo.

—Haga Vd. la prueba en nombre de ese amor: ya dije que venía á exigir de Vd. un violento sacrificio; si los resultados de mi súplica no corresponden á mis promesas, llame Vd. á sus criados y despídame como un loco, á cuyo papel estoy acostumbrado en esta casa.

—¿Sabe Vd. por qué me resisto á esa súplica?

—Sí, Clotilde: y lo sé porque estoy acostumbrado á adivinar sus pensamientos y á seguir el hilo de sus ideas: Vd. teme que yo la diga... «Soy Luciano.»

Clotilde se estremeció; pero no desmintió aquellas atrevidas palabras.

—Teme Vd. que la recuerde ciertas promesas; sobre todo las de aquella tarde en que hablando de la hermosura, me aseguraba Vd. que aunque desapareciera la juventud de mi rostro y la enfermedad más cruel desfigurase mis facciones, seguiría Vd. amándome.

—A Vd. ¿dijo Clotilde levantándose con dignidad.

—A mí, respondió Luciano con dulzura.

Clotilde quedó inmóvil.

—Sientese Vd. y escucháme con atención, sin interrumpirme hasta el final por mucho que la sorprendan mis revelaciones.

La jóvena se sentó dominada completamente por Luciano.

—Y ésta, con un acento de verdad que tratándose de otro asunto hubiera producido convencimiento, refirió á Clotilde todas las circunstancias del pacto, omitiendo solamente sus amores con Carlota.

—¿Dada Vd. exclamó Luciano con tristeza, al observar el aspecto frío y receloso de Clotilde. Esta no contestó, porque su imaginación se perdía en conjeturas y volaba de una idea en otra, todas á cual más extravagantes.

—Separe Vd. la vista de mi rostro y escuche mis palabras para convencerse de mi santidad. Sobre todo, antes de quitarme la última esperanza reflexione Vd. la horrible situación en que dejaría Vd. á Luciano si los hechos que refiero son exactos. Considere Vd. la desesperación de un alma á quien abandona su alma más querida, porque entre las dos se interpone el miserable obstáculo de un cuerpo.

El entendimiento de Clotilde era un caos: acostumbrada á las realidades de la vida, aquel hecho sobrenatural repugnaba á su razón; el tono sincero con que hablaba Luciano y las circunstancias íntimas de sus amores, que conocía tan exactamente, la ponían en duda, y la fantasía con sus extrañas creaciones la disponía á creer el maravilloso pacto. En aquellas dudas Luciano había adelantado algún terreno; el odio de Clotilde había desaparecido convirtiéndose en un temor supersticioso.

—¿Soy un loco? dijo Luciano amargamente; pues la caridad manda á Vd. compadecerme y no contrariar mis ilusiones. ¿Soy un impostor? Pues confundáme Vd. explicando de un modo natural por qué medios he podido saber todos los secretos de sus amores con Luciano y de qué manera me hallo en estado de contestar á toda clase de preguntas que Vd. sobre ellos me dirija. ¿Soy Luciano? Pues debe Vd. cumplirme sus promesas. ¿Es tan poderosa la materia que pueda aislar al espíritu é incomunicarle con los hombres? ¿Es tan imperfecta el alma que pueda permanecer al lado de la que busca sin adivinar su presencia? Clotilde, te llama el alma de Luciano; está á tu lado esperando con impaciencia tus palabras: si dudas aún, haz la prueba; haz el sacrificio de renunciar á la fría razón y crea lo que digo; yo soy por quien hubiera olvidado el cariño de tu madre, y que no quiso explotar las debilidades de tu corazón enamorado: yo soy el hombre frívolo que con todo el ardor de la juventud sabía enfrentar sus deseos, y en aquellas entrevistas á solas te hablaba de felicidad para lo

porvenir con la prudencia de un anciano: soy el mismo con quien sostenías en el piano coloquios que sólo nosotros comprendíamos. ¿Tan variado está mi espíritu que ya no lo concese?

Clotilde estaba trémula y conmovida: á no oír la voz gastada de D. Braulio hubiera creído escuchar las palabras de Luciano: el miedo la impedía responder: en la fisonomía de D. Braulio la parecía ver rasgos diabólicos; no era verdad: lo único que había en aquel rostro era una irónica contradicción entre su lenguaje y sus arrugas. Sólo un presentimiento de la verdad impedía á Clotilde huir del gabinete.

—Don Braulio, dijo por fin, lo que Vd. afirma es tan superior á mi inteligencia que no puedo comprenderlo: sólo sé que Luciano ha muerto y los muertos no vuelven de su tumba.

—Lázaro resucitó... y Luciano no ha muerto.

Clotilde movió la cabeza en signo de dolorosa duda.

—Voy á hacer la prueba; exclamó de repente llena de valor y acercándose al piano, en el que preludió dos ó tres piezas sin tocar ninguna de ellas.

—La primera parte, el waltz, dijo Luciano sin esperar á que le preguntasen, significa en nuestro idioma «estoy triste».

Clotilde se puso excesivamente pálida.

—Los compases de la danza, quieren decir «no nos veremos esta noche». Y la escala última, repetida dos veces, dando de tí: una sola escala significa «ya no ando».

La desgraciada niña dió un grito, pero no tuvo fuerzas para alejarse: la prueba era decisiva.

—¿Soy Luciano? preguntó el viejo con melancolía.

Pero al observar el terror de Clotilde se detuvo casi arrebatado de la perturbación moral que había llevado impremeditadamente á aquel cerebro.

—Oh, Luciano ha muerto! Luciano ha muerto, y Vd. me hablaba del diablo...

Entonces llegó á Luciano el turno de temblar: era preferible pasar por D. Braulio sano ó loco, á ser tenido por aquel horrible personaje.

—Si yo fuera el diablo, no hubiera elegido para acercarme á ti el cuerpo de D. Braulio, sino tomado la figura de Luciano para inspirarte confianza y simpatía. El alma de D. Braulio tuvo contigo bajo aquel cuerpo coloquios amorosos, y con dificultad notabas mi ausencia de él cuando trataba de ultrajarte. Si yo fuera el diablo, me hubiera recibido con los brazos abiertos al aparecer bajo tan agradable forma, y en vez de referirte historias tristes te hubiera entretenido con asientos más amenos. Soy Luciano; pero olvidáme; acaso no recupere nunca el cuerpo que he perdido, y si esto vuelve á mí, nunca creerás que soy el mismo. Juguaba que bastaba la fuerza de la verdad y la influencia del espíritu para infundirte confianza, y me he equivocado. Adios, Clotilde.

Y Luciano se levantó con gran trabajo: Clotilde tuvo lástima; pero no de aquel cuerpo achaboso que apenas podía moverse, sino de las tristes palabras inspiradas tal vez por el alma de Luciano.

—¿Te creo? ¡Te creo! dijo irreflexiblemente, haciendo ademán de detenerle.

Luciano hubiera llorado de alegría á quedar lágrimas en los enjutos ojos de D. Braulio; pero duró poco su júbilo: Clotilde retrocedió ante la fisonomía del anciano que no se prestaba á los transportes del amor.

—No puede ser Luciano; dijo huyendo de aquellos secos brazos que sólo prometían la fría opresión del esqueleto.

—¿Me abandonas?

—Estás en el cuerpo del matador de Luciano; el más sencillo trato entre nosotros le juzgaría el mundo escandaloso.

Y Clotilde se alejó rápidamente.

—Oh! el cuerpo es todo mientras vivimos en la tierra; decía Luciano con dolor, dirigiéndose á casa de Carlota.

Concluida aquella violenta escena, le quedaba por sufrir otra emoción más triste: todavía en casa de Carlota, cuya enfermedad se había agravado. Adela lloraba junto á su madre despidiéndose de la moribunda: madre é hija, después de haber vivido separadas, se encontraban en este mundo un solo instante.

Carlota pidió perdón á Luciano, asegurándole que no quería morir sin el perdón de su marido.

Luciano se prestó á aquel caritativo engaño; pero cuando Carlota le pidió el beso de despedida, no se atrevió á profanar el lecho de la muerte.

—No es sincero el perdón, dijo al morir la desdichada.

[Se continuará.]

CAMPAÑA FRANCO-PRUSIANA.

(Continuación.)

Tales y tan importantes son los acontecimientos que en los primeros días de este mes han acaecido en el que fué imperio francés, que ante ellos palidecen los detalles y recuerdos que de los últimos encuentros de la primera quincena de agosto conservamos, y que sólo nuestro deber de cronista nos obliga hoy á narrar ligeramente, comprendiendo que su interés ha decaído á causa de la impaciente solicitud con que espera Europa el desenlace, tal vez próximo, del trágico drama que en la frontera franco-alemana se ha representado durante el último mes. La índole de este trabajo nos obliga, apesar nuestro, á volver sobre nuestros pasos ocupándonos antes de todo en dar á conocer los detalles de los combates que en las cercanías de Metz se libraron en los días 14, 16 y 18 del pasado agosto, y que son realmente el primer paso dado por los prusianos en el glorioso camino que han recorrido para alcanzar su última victoria bajo los muros de Sedan.

VI.

BATALLA DE METZ (18 de agosto). Con este nombre designan los partes oficiales prusianos la serie de combates que desde el 14 al 18 de agosto se empeñaron en las inmediaciones de aquella plaza, y que dieron por resultado el cortar al ejército del general Bazaine sus comunicaciones con París y con el resto de las tropas francesas que mandaba el general Mac-Mahon.

Dijimos en el último artículo que los combates de Sarrebrück y Forbach obligaron al general Bazaine á retirarse, reconcentrando su ejército sobre la línea del Mosela, á la cual daban una extraordinaria fuerza la fortaleza de Thionville y el campo y plaza de Metz; el haber atacado de frente en ella á los franceses hubiera sido una falta grave cometida por los alemanes que con prevision militar se dirigieron al Sud de Metz para pasar el Mosela aguas arriba de esta plaza, y esperar al enemigo en la orilla izquierda de este río, amenazando sus comunicaciones con París; este movimiento arriesgado obligó á los franceses á evacuar la orilla derecha, operación que, sabida á tiempo por el general Steinmetz, que con el primer ejército protegía la marcha de los alemanes, le permitió atacar con fuerza la retaguardia francesa que protegía la retirada de su ejército, viéndose éste en la necesidad de suspender su marcha, volviendo á repasar el río algunas de sus divisiones; las fuerzas del segundo ejército alemán que estaban cerca del fuego, dieron calor al primer ejército rechazando y persiguiendo á su enemigo hasta el alcance de los cañones de los fuertes destacados de Metz en la orilla derecha del Mosela.

Los cuerpos del segundo ejército que no habían tomado parte en esta acción habían ocupado el camino que conduce de Metz á Verdun por Mars-la-Tour; y el 18, terminado ya su movimiento envolvente, atacaron el cuerpo de Frossard que cubría el flanco derecho del ejército francés que poco á poco entró en línea, sosteniendo un combate de doce horas, en el cual pelearon ambos ejércitos con verdadero heroísmo, quedando los alemanes dueños del camino de Metz á Verdun que habían ocupado aquella mañana, y los franceses en sus posiciones, en la dura alternativa ó de abrirse paso hacia París por el Norte, marcha peligrosa y difícil, ó de aceptar la batalla inmediatamente para restablecer sus comunicaciones con Verdun.

Los alemanes emplearon el día 17 en reunir sus fuerzas á la orilla izquierda del Mosela, y en la mañana del 18, dudando aún del plan adoptado por su enemigo, avanzaron con precaución á apoderarse del camino que al Norte de Metz podía servir de retirada al ejército francés. No tardaron en convencerse que éste, suspendiendo su retirada, tomaba posición con todas sus fuerzas sobre la cadena de alturas que desde Saint-Marce y Saint-Ail se extiende atravesando el bosque de la Cusse hasta el camino de Point du Four; en su consecuencia, el segundo ejército prusiano que marchaba hacia el Norte escalonando su ala izquierda, cambió de frente dirigiendo su centro y extrema izquierda á Verneville y Amanville. Á las doce empezó el combate con las avanzadas francesas, y el ruido de su artillería fué la señal para que el primer ejército atacase de frente las fuertes posiciones francesas. Entre dos y tres de la tarde, según la relación oficial prusiana, empezó el combate de infantería, tan encarnizado y sangriento cuanto que los franceses defendieron con tenacidad las alturas, consiguiendo ventajas parciales que mantuvieron por largo tiempo indeciso el resultado de la acción

en varios puntos. Desde Sainte-Marie-aux-Chènes, donde apoyaba en el principio su flanco izquierdo el ejército alemán, hasta la orilla derecha del Mosá, donde combatía una brigada del primer cuerpo cubriendo el flanco derecho del mismo ejército, en todas partes se atacaba con arrojo y se defendía con serenidad; el plomo y el hierro abrían grandes claros en las filas de unos y otros; pero los alemanes continuaban avanzando paso á paso, consiguiendo al fin, poco antes de anochecer, tomar á la bayoneta las alturas en que se sostenía el ejército francés: desde este momento el éxito del combate no fué dudoso; los franceses emprendieron su retirada sobre el campo atrincherado de Metz, cuyos cañones no permitieron á los alemanes continuar su movimiento ofensivo. Desde el día siguiente el general Bazaine quedó bloqueado en sus posiciones, sin que hasta ahora haya podido romper el círculo de hierro en que fué envuelto por consecuencia de esta batalla, y que le aísla completamente de París y del resto del ejército francés que por entonces mandaba el general Mac-Mahon.

La noticia de este revés, que, como todas las de la guerra, tuvo París con bastante posterioridad al hecho, aumentó, á ser posible, los preparativos de defensa de la capital y de la nación francesa; se vió claro entonces la posibilidad de que el ejército del príncipe heredero llegara casi sin tropiezo hasta los fuertes de París; la artillería de marina, inútil ya en la escuadra, desembarcó y hoy forma parte de la guarnición de la capital de Francia; sin excepcion de casados se llamó á las armas á todos los hombres útiles, ya como guardias móviles ó formando parte de la guardia nacional; los trabajos de defensa tomaron nuevo impulso; y



EL GENERAL CHANGARNIER.

no deteniéndose la imaginación del pueblo francés, ó no queriendo recordar las magníficas páginas de sus guerras en la Vendée, volvieron los ojos á nuestra guerra de la Independencia, buscando en ella ejemplos heroicos que imitar para impedir la marcha de los ejércitos invasores. Los gloriosos nombres de Mina, Manso y el Empecinado resonaron en las calles y plazas de la populosa ciudad, y llenaron las columnas de los periódicos franceses, que citaban como modelos de amor patrio y valor heroico á los mismos que hace sesenta años fusilaban sin piedad ni remordimiento como á salteadores y brigands.

El recuerdo no ha producido los efectos que de él esperaba el gobierno imperial; algunos batallones de francos-tiradores, uniformados y conducidos por oficiales del ejército han llegado á organizarse; pero los servicios que hasta ahora han prestado y los que en lo sucesivo puedan prestar, serán de distinta clase de los que desempeñaban en nuestra guerra contra Napoleon las partidas de guerrilleros, y la razon es obvia; los cuerpos francos como tropas organizadas son siempre, sobre todo al principio de una campaña, inferiores á los batallones del ejército; mientras que las guerrillas sin uniforme, sin organizacion militar, mal armadas y peor equipadas, si es verdad que no pueda contarse con ellas para llenar un hueco en la linea de batalla, en cambio desde el primer momento en que se forman son la continua pesadilla del enemigo. Con ellas no hay ferrocarril, telégrafo ni correo seguro; imposible destacar una patrulla á media legua del ejército, sin que desaparezca ó por lo ménos vuelva muy mermada. Ni en el alojamiento, ni en marcha, tiene el invasor momento seguro; en vano



EPISODIOS DE LA GUERRA.—LAS AMBULANCIAS INTERNACIONALES RECOGIENDO LOS HERIDOS EN EL MOSA.

procura este alcanzarlas y destruirlas; formadas por hombres ágiles, decididos y conocedores del terreno, sin más táctica que abalanzarse al enemigo cuando está en minoría y huir á la desbandada, sin perjuicio de rehacerse á la noche siguiente, cuando aquel tiene superioridad numérica, los guerrilleros prestan á la defensa nacional grandes servicios que sería en vano desconocer; pero la misma índole de éstos no permite á las partidas organizarse militarmente á las órdenes de jefes y oficiales del ejército. La guerrilla es una planta espontánea que en vano procurará un gobierno aclimatar dentro de sus reglamentos, siempre estrechos é incomprendibles para el guerrillero. No nace éste del hortelano ó cazador que abandona su oficio para alistarse voluntariamente por los dos ó tres francos diarios que el gobierno le ofrece; necesita el guerrillero condiciones especiales é indispensables para fructificar; es la primera y casi la única el que en la nación existe, latente si se quiere, pero vivo, el ódio al invasor; con esto basta; pues predispuesta así la población, cada día y en cada pueblo surgirán nuevos incidentes que produ-

de un cuerpo de batalla munición espléndidamente á toda la partida, y así de día en día llega el feliz en que se termina la lucha, y al disolverse la partida es cuando se encuentra perfectamente equipada á costa del enemigo. Fácil es comprender que es de todo punto imposible organizar desde París ó Madrid este género de tropas, y que cuantos esfuerzos haga el gobierno francés para conseguirlo serán estériles, mientras que todos y cada uno de los ciudadanos franceses no quieran por sí y sin orden superior abandonar sus hogares y emprender por su cuenta la tarea de destruir poco á poco al invasor, sin que los reveses los abatan, fiados en que todo pueblo que quiere ser independiente, más tarde ó más temprano siempre lo consigue.

VII.

Después de la batalla del 18 las operaciones de la campaña tomaron un nuevo rumbo, y por algunos días en vano buscábamos en periódicos y correspondencias

orillas del Rin por medio de un puente de barcas construido en frente de Stollhoffen, pequeño pueblo del ducado de Baden.

Por mar no ha ocurrido hasta ahora nada que de referir sea; con este motivo criticase á la marina francesa de no haber contribuido á la defensa del país como éste tenía derecho á esperar de ella. Semejante cargo, en nuestra opinion, es infundado; la marina de guerra no puede hacer nada útil en el mar del Norte y en el Báltico, desprovista, como está, de tropas de desembarco. Es preciso no olvidar que aquellas costas erizadas de escollos están hoy sin un faro y sin una baliza; por consiguiente que es casi imposible á una escuadra el acercarse á ellas, al menos sin gran riesgo de dejar en el viaje algunas de sus barcos; y aun suponiendo que salvando estas dificultades lleguen á poder bombardear los puertos alemanes, ¿podría obtener algun resultado favorable á su causa, ó por el contrario, la perjudicaría dando lugar á terribles represalias en París y en Lyon? La escuadra francesa con el auxilio de Dinamarca y tropas de desembarco á bordo podía haber hecho mucho daño á la Con-



TRAJES DEL SIGLO XV SACADOS DE LAS FABLAS DE ESTA ÉPOCA QUE SE CONSERVAN EN EL MUSEO NACIONAL DE MADRID.

cirán aquí y allí la formación de partidas. El beso dado á la mujer querida por el soldado enemigo, la ofensa hecha al padre anciano, el allanamiento del hogar, la pérdida de los bienes, la muerte del amigo, serán diariamente las distintas causas que obliguen hoy á uno, mañana á otro, á abandonar los pueblos y salir al campo; una vez en él, el instinto de propia conservación agrupa estos hombres; uno de ellos toma el mando, cuenta su gente y empieza á vagar á la ventura por montes y llanos en busca del enemigo; las mujeres y los viejos de cada pueblo en que entra le dan apoyo y noticias, y no pasan muchos días sin que el ejército invasor aprenda, muy á su costa, que no puede mover pequeñas fracciones de él sin riesgo inminente de verlas desaparecer sin rastro ni huella de su derrota; el uniforme de la guerrilla es el mismo traje usado por los aldeanos en el país en que aquella opera, lo cual la permite en sus frecuentes dispersiones pasar á la vista del enemigo y hasta mezclarse con él sin despertar sospechas; en cuanto al armamento, en vano hablareis al guerrillero de armas de precisión, ni de ametralladoras; cuando salió del pueblo se pertrechó lo mejor que pudo; el hacha con que partía la leña, su misma navaja puesta al extremo de un palo, y cuando más una escopeta vieja y cubierta de orín, le bastan y le sobran para empezar sus operaciones; después ya es distinto; el enemigo se encarga de proveerlos de armamento y municiones; el fusil del primer escucha sorprendido á la entrada de un pueblo, es el primer fusil de la guerrilla; el primer carro de pólvora que desaparece á retaguardia

noticias importantes sobre las operaciones de ambos ejércitos en las inmediaciones de Metz.

En Strasburgo, la division del ejército de Baden empezó el día 15 sus trabajos de ataque contra la plaza ocupando á Scheelgheim, Rieprechesau y Konigshofen, para impedir á la guarnición francesa aumentar sus defensas; de Kehl han llevado los prusianos cuarenta y seis piezas de sitio que han colocado en batería y rompen el fuego contra la ciudad al día 23, después de haberse apoderado á viva fuerza de la estación del ferrocarril. Con pocas fuerzas y escaso tiempo para emprender un sitio en regla, los alemanes han apelado al terrible recurso de bombardear Strasburgo, y según parece á estas fechas se han quemado ya la iglesia nueva, la biblioteca pública, un colegio, el gimnasio protestante, el palacio de justicia, el casino, el museo y cincuenta ó sesenta casas, habiendo también sufrido mucho el célebre reloj astronómico; las llamas y el humo formaban nubes oscuras á muchos metros de elevación sobre los tejados, y el aspecto que presentaba la ciudad desde el alto de la magnífica torre de su catedral será indudablemente uno de los espectáculos más imponentes y aterradoros de nuestros días. Algunos periódicos franceses se han quejado de que los alemanes dirigían sus fuegos contra la catedral, noticia que se ha apresurado á demeritar la prensa prusiana, recordándoles al mismo tiempo que á obreros y artistas alemanes se debe la construcción de aquel famoso edificio. Para avituallar á este ejército se han formado en Rastadt grandes almacenes, habiéndose establecido la comunicación entre las dos

federación; aislada sólo pueda hacer lo que hace, impidiendo ó por lo menos dificultando sobramanera el comercio alemán en aquellos mares.

No merece fijar la atención el combate que el día 17 sostuvieron las cuatro cañoneras prusianas, *Drache*, *Bata* y *Salamanca* y el aviso de vapor *Grille* con una escuadra francesa en las aguas de Witovo; los prusianos están muy satisfechos de haberse sostenido dos horas contra fuerzas muy superiores; pero tampoco dan gran importancia al hecho.

Mayor la tiene para nosotros la exposición dirigida al rey de Prusia por los habitantes más notables de Berlin, y que comprueba una vez más que la idea de la unidad alemana está arraigada en todos los corazones, y el grande error que cometió Napoleón al iniciar esta campaña, confundiendo la causa de los soberanos alemanes con la del pueblo alemán. Esta notable exposición dice así:

«Cuando la guerra se hizo inevitable, la nación entera se agrupó, de común acuerdo, en torno de V. M. y de sus aliados, jurando resistir fielmente en el combate por la seguridad, la unidad y el engrandecimiento del país. Dios ha bendecido las armas manejadas con incomparable bravura en pró de una causa justa.

Las victorias han sido adquiridas á costa de raudales de la sangre más noble; pero nos han conducido con inesperada rapidez al objeto que nos hemos propuesto. Aun quedan por hacer grandes esfuerzos; el pueblo alemán está dispuesto á todos los sacrificios que tiendan á consolidar la union nacional.

Pero en medio de estas disposiciones graves y elevadas, nos inquieta el incesante rumor de que una mediación extranjera, que no supo por cierto conjurar los horrores de la guerra, trata ahora de rebajar á su antojo el precio de nuestros combates. El recuerdo de los acontecimientos que siguieron al levantamiento de nuestros padres está aún presente en nuestra memoria, y bien claro demuestra que la Alemania no debe acomodarse más que de las exigencias de su bienestar.

Nos dirigimos, pues, una vez á V. M., prometiéndole perseverar fielmente hasta el momento en que la sabiduría de V. M. haya creado, con exclusion de toda mediación extranjera, un estado de cosas que garantice más que en el pasado la actitud pacífica del pueblo vecino, y funde la unidad del imperio germánico, poniéndole á cubierto de todo ataque.

El sitio de Phalsburgo continúa; la iglesia y varias casas han sido incendiadas por los proyectiles prusianos; por dos veces han intentado los alemanes el asalto sin éxito, y se cree que el comandante y la guarnición están decididos á defenderse hasta el último extremo; su heroísmo, sin embargo, no influirá para nada en el resultado que ha de tener la campaña.

El mariscal Mac-Mahon abandonó el 21 el campo de Chalons, dirigiéndose por Reims y Monthoir á Sedan y Douzy, con el objeto, al parecer, de unirse á Bazaine, que desde el día 23 quedó completamente cercado por los prusianos. El ejército alemán que manda el príncipe heredero continuó marchando hácia París, llegando sus destacamentos de caballería ligera hasta Epernay; de aquí, y ocultando sus movimientos todo lo posible, se dirigió por Suippes y Somme hácia Vonziers y Bethel, donde se hallaba Mac-Mahon el 25. Todo, pues, parecía anunciar una terrible batalla en las inmediaciones de la frontera belga, batalla que de ser ganada por los alemanes podía asegurarles el éxito de la campaña, pues el ejército de Mac-Mahon, acorralado en caso de revés en la frontera belga, no podría unirse al de Bazaine y ambos quedarían deshechos ó prisioneros. Tales presentimientos se han realizado por completo.

Sabedores los alemanes de que el día 31 de agosto era el acordado por Mac-Mahon y Bazaine para romper el bloqueo de Metz y efectuar su union, se aprestaron á impedirlo y la más brillante victoria ha coronado sus esfuerzos; los combates del 30 y 31 de agosto y 1.º de setiembre, favorables todos á Alemania, han sido tan fecundos en resultados que hoy puede asegurarse que Francia ha quedado sin ejército alguno que oponer á las fuerzas de la Confederación, que tienen abierto el camino de París, y son ya en número sobrado para poderse extender además hácia otras ciudades importantes de Francia. Sólo el alzamiento en masa de la nación podrá retardar estas marchas, fáciles en extremo para los ejércitos alemanes; pero no creemos capaz á Francia de tal sacrificio.

La importancia de estos combates nos obliga á aplazar su descripción completa para el próximo número, á causa de no sernos aún conocidas las relaciones oficiales prusianas y hasta las francesas son bastante incompletas; de éstas y de los partes deducimos que el príncipe heredero llegó á tiempo de detener la marcha de Mac-Mahon hácia Metz; que el día 30 el cuerpo del general Faily, acampado en el valle de Nouart, fué sorprendido por los sajones, sin que el auxilio que quiso prestarle el general en jefe sirviera para otra cosa más que para que pudiera replegarse sobre el Mosá con el resto del ejército; que el 31, apoyado éste en Monzon y Carignan, aguardó el ataque de los alemanes, dirigido especialmente á apoderarse de este último punto y flanquear su izquierda, lo que consiguieron en parte, obligando al ejército francés á emprender su retirada sobre Sedan; y que por fin el día 1.º forzaron sus posiciones los alemanes, tomando á Villers, Ceruay y Lachapelle, y dirigiendo sus fuegos sobre Gibonne lograron unirse con el del príncipe real, con lo que el ejército de Mac-Mahon quedó completamente cercado, viéndose en la triste necesidad de capitular; al mismo tiempo el general Bazaine se esforzaba infructuosamente para romper el cerco de hierro en que está encerrado desde la batalla de Metz, teniendo que replegarse con grandes pérdidas á esta ciudad.

El resultado de estas jornadas no ha podido ser más desastroso para Francia; deshecho y prisionero el ejército del general Mac-Mahon; acorralado en Metz el de Bazaine, no le restan más soldados que los veinte ó treinta mil que manda Vinoy y que á estas fechas se han replegado á París, cuyos trabajos de armamento y

defensa se prosiguen con actividad; pero que no creemos puedan detener por mucho tiempo el ejército alemán.

En cuanto á Napoleón Bonaparte, principal promotor de esta terrible campaña, se ha entregado voluntariamente al rey de Prusia, que le ha confinado á Wilhemshöhe; la emperatriz y su hijo han abandonado á Francia entrando en Bélgica por distintos caminos, y el pueblo de París, allanando el Cuerpo legislativo, ha proclamado la república, organizando un gobierno provisional, á quien deseamos acierto y fortuna para salir airoso de la penosa situación en que se encuentra.

En el momento de entrar en prensa este número, nos comunica el telégrafo una noticia que viene á complicar más, si cabe, el curso de la campaña. Mr. Gambetta, ministro de la república francesa, había conferenciado con el embajador de los Estados Unidos recordándole la deuda sagrada que éstos tenían con el pueblo francés desde la guerra de su Independencia y que había llegado el momento de pagarla; el embajador transmitió por el cable á Washington el resumen de esta conferencia, y según parte fechado en Praga el día 10, el ministro americano en Berlín ha recibido instrucciones telegráficas invitando al gobierno prusiano á terminar la guerra, puesto que el rey afirmó no la hacía al pueblo francés, sino solamente á Napoleón. El ministro americano, dice, no puede ser indiferente más derramamiento de sangre, al que Prusia obligaría al gobierno francés, que por su constitucion está asimilado al gobierno americano. El ministro americano comunicó en Eulenberg Thiele el contenido de sus instrucciones é inmediatamente se expidió un correo al cuartel general del rey. La noticia ha hecho inmensa sensación en los círculos diplomáticos.

Ninguno de nuestros lectores dejará de comprender la gravedad de esta noticia y el influjo que podrán ejercer los Estados Unidos en el éxito de la presente campaña; nosotros, sin embargo, creemos que la república francesa no podrá recibir de la americana más que cierto apoyo moral, muy conveniente para el porvenir, pero de escaso valor en estos momentos en que las avanzadas del ejército alemán están casi á la vista de las fortificaciones de París.

(Se continuará.)

EDUARDO MARLÍTEGUI.

EL GENERAL TROCHU.

Desde que empezó en París á considerarse como un hecho la guerra entre Francia y Prusia; desde que los periódicos dieron cuenta de la formación de un ejército que se había de reunir en las orillas del Rhin, y de otros dos que, desembarcando en las costas del mar del Norte y del mar Báltico, debían operar en Alemania, la opinión unánime del pueblo designaba al general Trochu para los mandos más importantes y más difíciles. No habiéndole, de ninguna clase social y de ningún partido, que no cifrara una de sus mayores esperanzas en la paciencia y en el denuedo de este pundonoroso jefe; sólo el imperio, que la Providencia había de perder, estaba ciego, y olvidando su propio interés y el de la patria para dar satisfacción al odio y á la envidia de sus cortesanos, lo quiso dejar en la oscuridad en que vivía y lo puso á los generales favoritos que han sido causa, por su torpeza, de tantas y tan irreparables desastres. Trochu, que nunca había faltado á sus deberes de fiel y leal vasallo, no era, sin embargo, uno de esos militares que prefieren al campo de batalla las antecámaras de los príncipes, que respiran la atmósfera de adulacion y bajezas de que están saturadas ciertas regiones, que ofrecen á los pies del César el incienso de la idolatría más humillante y que se presentan al poderoso, no como servidores de la colectividad que representa, sino como sostén del poder que ejerce y de la dinastía que ha entronizado. Por eso se formó el ejército de cuyo mando había de encargarse el mismo emperador, y vimos desde luego que los generales de palacio, que los amigos particulares de Napoleón III, ávidos sin duda del baston de mariscal y en la creencia de que era seguro el triunfo, se apoderaban de los puestos más importantes, y por eso tambien desde los primeros días Lebrun y Faily, Frossard y Lebrun, soldados de renombre escaso, asumían la dirección de todas las tropas mientras que, á pesar de las reclamaciones de la prensa y de la muchedumbre, Changarnier recibía un desaire y Trochu permanecía en el olvido. Pero las primeras desgracias vinieron á probar la insuficiencia de los ayudantes de

Napoleón: Werth fué el descrédito de Lebrun y de Lebrun; en Wisemburgo quedaron sin fruto, por culpa de Faily, los heroicos esfuerzos de Mac-Mahon, y en Forbach demostró Frossard que, si como estadístico había merecido elogios, como general sólo merecía censuras. La opinión pública, sobreescitada por estas derrotas, recobró su legítimo influjo; el mando supremo del ejército del Rhin pasó á manos de Bazaine; Changarnier fué recibido en Metz, y Trochu, por fin, se puso en Chalons al frente de 40,000 hombres y partió á poco de allí nombrado gobernador de París y general en jefe de las fuerzas reunidas en la capital.

Ningun nombramiento pudo haber obtenido tanta y tan universal aprobacion. Trochu en Francia no tiene más que admiradores y no inspira sino confianza. Su edad, su historia militar y política, la capacidad de que ha dado pruebas, la modestia y el desinterés de que ha hecho gala, todo ha contribuido á que sea un ídolo popular. Nacido en Vendea, tierra clásica de la hidalguía y del arrojo, el 12 de marzo de 1816, fué educado en la escuela militar de Saint-Cyr, ingresó en el cuerpo de Estado Mayor y obtuvo el empleo de teniente á la edad de veintinueve años. En 1842, nombrado capitán á las órdenes del mariscal Bugeaud, duque de Isly, fué secretario de este célebre soldado que le distinguía sobremedera, que le apellidaba el mejor de sus oficiales y que solía exclamar á cada paso: "Trochu combate admirablemente con tres armas, con la espada, con la pluma y con la palabra." En Argelia y al lado de Bugeaud completó su educacion y adquirió principalmente esos grandes conocimientos que tanto admiran cuando han leído su famosa obra *El ejército francés*. Allí se familiarizó con la guerra, y pudo recibir lecciones sublimes y seguir ejemplos gloriosos. La monarquía de Julio, que formó en Africa, y á presencia de los hijos de Luis Felipe, ese plantel de generales franceses que más tarde habían de conquistar en Crimea y Lombardia los laureles de que se ha engalanado el imperio, tenía entonces encargados de sus divisiones y brigadas á Lamoricière, á Changarnier, á Cavagnac, á Bedeau, á todos esos jefes distinguidos que habían de salvar la sociedad y el orden en las calles de París durante el primer periodo de la república, y que tenían que emigrar más tarde cuando la libertad de que eran guardianas hubiera desaparecido de Francia. Ellos fueron el modelo que se propuso imitar Trochu; de ellos recibió reiteradas muestras de aprecio y á ellos se unió por una afectuosa simpatía, de que hizo noblemente alarde cuando, en época no remota y á despecho de las iras imperiales, pronunció sobre la tumba de Lamoricière en elocuentísima oracion fúnebre.

Apesar de que nadie ignoraba sus simpatías por los deportados del 2 de diciembre, el mariscal Saint-Arnaud, que había tenido ocasion de estimar su mérito en Argelia, quiso llevarlo en el Estado Mayor del cuerpo expedicionario á Crimea. En todas partes demostró su capacidad y su denuedo, ya como oficial facultativo y ya como general de brigada.

En 1859 fué nombrado general de division, se distinguió extraordinariamente durante la campaña de Italia, y obtuvo al regresar á París una ovacion entusiasta. Sin embargo, el emperador, que tan prodigo fué en mercedes con sus favoritos, no tuvo para Trochu, á pesar de que ya había tomado parte en diez y ocho campañas, ni una gran cruz, ni un asiento en la alta Cámara, ni una embajada, ni un mando importante. Había cometido el crimen imperdonable de ser amigo consecuente en la desgracia de aquellos que, en los días de gloria, habían sido para él amigos y maestros cariñosos. El hombre que no pisaba los umbrales de las Tuillerías no podía adquirir posicion, y el ex-secretario de Bugeaud fué relegado al olvido, del cual llegó á salir por un momento cuando su libro *El ejército francés* arrancó un aplauso á Francia entera y le valió el título de primer organizador de Europa. Pero esta justa celebridad, lejos de valerle en su carrera, enardeció la envidia de sus amigos y la enemistad de esos generales de palacio que han conducido á Napoleón al descrédito y á la ruina. Siguió olvidado por los hombres del poder y únicamente debió al voto de sus conciudadanos un asiento por el distrito de Belle-Isle en el consejo general del departamento del Morbihan en que ha nacido. La guerra vino, y el pueblo, que no podía olvidarle, lo aclamó, y Trochu, que apareció en el momento del combate, sacó la espada para defender á la patria en peligro.

Es indudable que el general Trochu tiene una significacion política que los favoritos imperiales han contribuido á darle. No negamos que el mismo elogio fúnebre de Lamoricière, por más que en él se esquivara con habilidad suma todo cuanto pudiera referirse al desaire de aquel general, podía ser considerado como un acto ostensible de alejamiento, como una oposicion

pasiva al gobierno personal y á sus partidarios. La publicación de su obra militar demuestra claramente que tampoco estaba conforme con las opiniones que bajo este punto de vista predominaban en los consejos del César. Finalmente, sus amistades, sus conexiones con los que defendían las doctrinas liberales en las Cámaras y con las eminencias políticas que, como Guizot, Montalembert, Casimiro Perier, Falloux, Odilon Barrot y Broglie no tenían asiento en ellas, demostraban claramente que no en vano se le señalaba, apesar de su estudiada reserva, como poco afecto al imperio de Napoleón. El mismo declaró también cuáles eran sus principios, cuando al tomar el mando de París, y al día siguiente de dar á luz su primera proclama, declaró en una carta dirigida á los redactores de *Le Temps* que era hombre de libre discusión, que profesaba profundo respeto á la opinión pública y que atribuía gran parte de los males que pesaban sobre su patria á la poca consideración que se le había tenido. Sin embargo, fiel á sus deberes de soldado, no se quiso nunca apartar de ellos y les sacrificó en todo tiempo sus convicciones y sus simpatías. Apenas hace una semana, cuando el imperio se hundió por sí mismo despues del desastre de Sedan, y el emperador que no supo buscar la muerte en la pelea ni salvar su dinastía abdicando desde la frontera belga, se entregó al rey Guillermo é hizo que su ejército se entregara despues, el pueblo en masa se agrupó en torno del palacio de Trochu y despues de victorearlo con el entusiasmo de la esperanza, le excitó á que, derribando la regencia, se hiciera dueño absoluto del poder y tomara en sus manos la salvación de todos. Nada podía sonreír tanto al gobernador de París como esta excitación que se le hacía en medio de aclamaciones públicas. Recibir el poder supremo de manos del pueblo es la más legítima de las investiduras para un hombre de sus creencias. Tomar exclusivamente á su cargo y en el momento de mayor peligro la misión sublime de defender y salvar la patria, es lo que más deleita á un hombre de sus sentimientos. Y no obstante, el general Trochu no se dejó llevar por tan halagadoras tentaciones, no permitió que una sombra de usurpación maculara la generosidad de su conducta, y rechazó con tanta bondad como energía las palabras de sus numerosos admiradores.

«Id al Cuerpo legislativo... dijo dirigiéndose á la muchedumbre; él tiene la representación nacional, á él le toca obrar; yo sólo tengo que obedecer.»

Nada hay más digno que esta contestación del ilustre caudillo; y si hégo hemos visto que los diputados de la extrema izquierda se han apoderado del poder y han constituido un gobierno por sí mismos, y le han ofrecido la presidencia de este gobierno, y han obtenido su concurso, es porque en los momentos actuales hubiera sido un crimen de lesa nación no coadyuvar á la formación de un orden de cosas cualquiera en derredor del cual se pudiesen agrupar las fuerzas vivas del país. Trochu ha hecho en la capital lo que Baxine en Metz, lo que Ulrich en Strasburgo, lo que Fournichon en las aguas del Báltico; ha asatado las órdenes del que gobierna en nombre de la patria, y si ha tomado un puesto en el gabinete es porque no debía estar confiada la defensa de la patria á hombres sin experiencia en la guerra y á entidades de un sólo bando político.

Trochu no pertenece, no ha pertenecido nunca al grupo de los *irreconciliables*, y sin embargo, forma al lado de ellos y preside el gobierno por ellos constituido. Sus hombres no son Rochefort, Gambetta y Pelletan, sus hombres son los que quieren el sistema representativo en toda su pureza, la libertad y el orden íntimamente unidos, la monarquía parlamentaria como en Bélgica; sus hombres, lo hemos dicho ya, fueron Lamoricière, Montalembert, Casimiro Perier; sus hombres son en estos momentos, Buffet, Talhonet, Daru, los que habrían salvado al imperio dotándole de instituciones liberales, si el imperio no los hubiera desdeñado para entregarse á las veleidades de Emilio Ollivier y á los caprichos de los antiguos favoritos. Hoy, empero, abraza de buena fe la causa republicana como la abrazó Cavaignac despues de la revolución de 1848. Trochu significa en poder la libertad y el orden, pero antes que nada significa la salvación de su patria. A este noble pensamiento hay que sacrificar hasta el ideal político, y el soldado de África, de Crimea y Lombardia no ha de vacilar ante tamaño sacrificio. Llega á las alturas del gobierno con la más generosa, la más santa de las aspiraciones. Para él no hay república ni monarquía, sólo hay patria y su misión es salvarla. ¿Lo conseguirá? Destruídos los ejércitos franceses, encerrados sus restos en las fortalezas del Norte, invadida la nación por 600.000 hombres de aguerridas tropas, impulsados por el mágico aliento de la victoria, ¿podrá rechazarlos de los muros de París? ¿Sabrá salvar de la humillación á la capital

del mundo civilizado? ¿Tendrá la fortuna de reparar las torpezas cometidas por el imperio y de asegurar con su esfuerzo la integridad del territorio patrio? Es imposible leer en el libro del porvenir; pero cualquiera que sea la suerte que esté deparada á Francia, el nombre de Julio Trochu, personificación de su resistencia en estos días de abandono, llenará seguramente en su historia uno de los más gloriosos y más brillantes capítulos.

ENRIQUE DE VILLARROYA.

OBSERVACIONES SOBRE LA OBRA DEL GENERAL TROCHU,

TITULADA

EL EJÉRCITO FRANCÉS EN 1867.

La ciencia, que lo modifica todo, cambia también las condiciones de la guerra. Entre los ejércitos hoy en campaña y los de Carlos V, hay quizá más diferencia que entre éstos y las legiones de César. Los principios fundamentales de combinación estratégica son, sin embargo, siempre los mismos. Hoy, como entonces, es de importancia primordial que los generales tengan sus fuerzas unidas ó dispuestas para unirse; que dejen pocos puntos vulnerables, los menos posibles no más, en su línea de batalla; que conserven despejados los caminos para atender con regularidad al mantenimiento de las tropas; que dificulten y rompan las comunicaciones del enemigo, y sobre todo, que lleven una masa superior al punto decisivo del ataque.

Ningun general ignora que todo estratégico se propone cumplir estas reglas, y sin embargo, los más grandes capitanes no han podido conseguirlo siempre. Hemos visto al emperador Napoleón y á sus mariscales faltar continuamente á estos principios elementales, lo cual prueba que, á pesar de su aparente sencillez, la aplicación envuelve inmensas dificultades de detalle. El aumento de riqueza y de civilización ha multiplicado los medios de mover y de abastecer un ejército. El telégrafo, y las vías férreas sobre todo, ensanchan la esfera de la estrategia, ofreciendo al hombre de génio grandes recursos para lograr un éxito rápido y brillante; mientras hacen más seguro al descalabro del jefe incompetente. Antiguas líneas de defensa desaparecen; bases lejanas se acercan; la concentración de grandes masas ya no es la excepción, sino la regla; los preparativos y movimientos que exigían meses, hoy se hacen en pocos días.

Salta á la vista que la rapidez y precisión en las operaciones suponen un conocimiento del terreno y de los movimientos del enemigo, que exige de todas las categorías del ejército y de los servicios suplementarios mucha instrucción y una actividad incansable.

«Inteligencia no sólo en los jefes sino hasta en los últimos soldados, dice el general Trochu en su obra crítica de *El ejército francés en 1867*; sencillez de maniobra y elasticidad en la organización del ejército, añade, son hoy los factores más poderosos de la fuerza nacional. Desde que la fortuna se muestra adversa á las armas de Francia, el nombre del general está en todos los labios; pero mientras dominaba la voluntad del emperador no se había confiado mando superior al actual presidente del ministerio y gobernador militar de París, por supérfluo poco adicto al imperio, y por haber publicado una obra crítica sobre el ejército francés. Trochu había observado los defectos en la organización y costumbres de sus compañeros de armas en Crimea é Italia; pero no publicó sus apuntes sino despues de la campaña de Bohemia en 1866, cuando el magnífico ejército de Austria fué barrido del suelo por un enemigo cuyas tropas había llamado «hordas de paisanos con uniforme.» Al obedecer á los impulsos del patriotismo, el general Trochu estaba seguro de no revelar nada á los militares del extranjero, «casi todos, según dice, bien instruidos.» observando, añade, é investigando lo que pasa en Francia, nos conocen mejor que nos conocemos.» Sabía que era difícil abrir los ojos del gobierno y de los jefes del ejército respecto de los defectos de éste; pero imposible ocultarlos á la perspicacia de oficiales extranjeros, preocupados con la idea de aprovecharlos en el caso de una guerra.

No ignoraba el general Trochu tampoco que el gran coro de militares ineptos procuraría ahogar su voz. Al cumplir su propósito de suscitar una reforma del ejército francés se había resignado á excitar la indignación del vulgo. Caracteriza á su libro (dedicado á los patriotas de espíritu independiente, de aspiraciones nobles, que desean ver al ejército «modelo del país») el principio del prólogo:

Penitentium iniciatorum genus laudantes.—TACITUS.

(Los aduladores son los peores enemigos.)

Las ideas emitidas por el general Trochu tienen mu-

cha analogía con las que el archiduque Alberto de Austria expone en su folleto titulado: *Responsabilidad en la guerra*. El archiduque habla conformándose á la triste experiencia que tiene de los defectos del ejército austriaco, contraídos en tiempo de paz, y los considera como causa de los descalabros sufridos por Austria en 1866. El general Trochu declara un año despues que el ejército de Francia adolece de algunos de esos mismos defectos, y los acontecimientos recientes han justificado el temor del autor respecto á que comprometerian el éxito de las armas y el honor de Francia.

Las obras de ambos militares distinguidos, merecen fijar la atención de los oficiales españoles y de todos los que deben concurrir á la organización acertada de nuestra fuerza nacional. Sin duda la calidad del soldado, individualmente considerado, es tan importante para la eficacia del ejército como en tiempo de César, y este elemento lo tenemos excelente; pero quizás no nos ocupamos bastante de las condiciones suplementarias indispensables para hacerlo valer, siendo la primera de todas la disciplina, que depende tanto de la ilustración del oficial como de su bizarría.

Ni bondad ni rigor, ni premios ni castigos, aseguran la adhesión y la obediencia del soldado, si sus jefes no le merecen respeto. Hay un pacto tácito entre ambos: el soldado obedece y muere sin queja, pero exige, en cambio, que el oficial sea inteligente, ilustrado y hábil; que le evite fatigas innecesarias; que no le conduzca á la muerte sin beneficio para sus camaradas, sin gloria para su país. Desde el momento que el soldado reconoce al oficial incapaz de conducirlo á la victoria, ó por lo menos de evitarle derrotas innecesarias, le acusa de *asesinato* y trata de vengarse.

¿Cuántas veces nos ha asaltado esta idea durante el curso de la presente campaña! Ni los generales, ni los estados mayores del ejército francés han cumplido su deber con inteligencia, y las tropas, que se baten denodadamente, hablan de muchos de sus jefes con desprecio. Desde el principio de la guerra se advertía la falta de disciplina, en su manera de disparar inútil é irregularmente.

Despues de las primeras derrotas esta falta se hizo cada vez más evidente y más funesta, contribuyendo mucho á precipitar la ruina total del ejército que se consideraba el primero del mundo. Y tanto es así, que el mismo general Wimpffen, habiendo querido que sus tropas, antes de entregarse al rey de Prusia, hicieran un supremo esfuerzo, sólo pudo reunir 2.000 hombres que habían conservado su organización militar.

¿Qué terrible posición para oficiales pandonorados, cuya religión es el honor de las armas patrias, verse insultados, amenazados y en muchos casos abandonados por sus propios soldados, y reducidos al fin á deponer su espada en manos del vencedor!

(Se concluirá.)

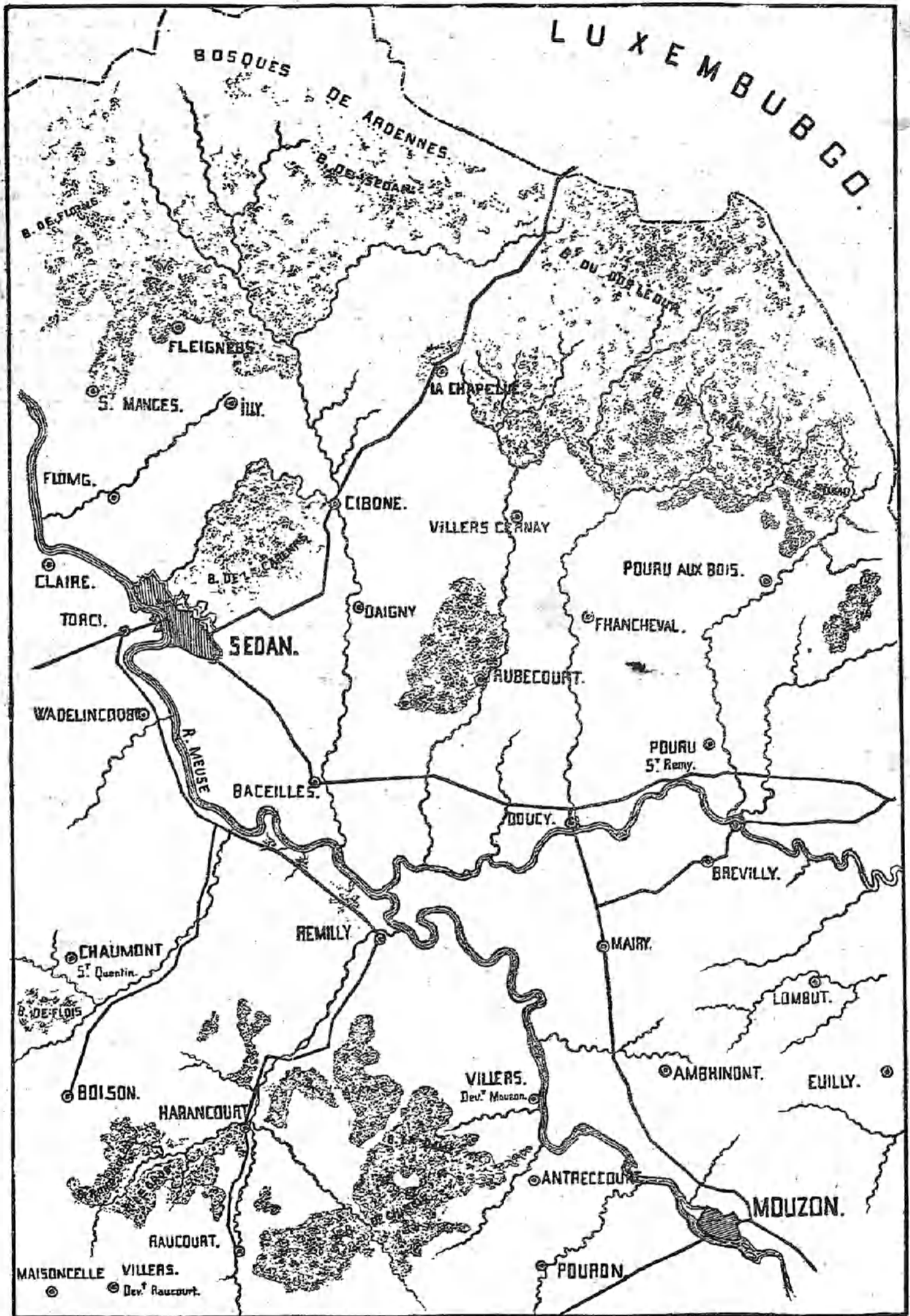
ROMA.

¡Zito silenzio! ¡che passa la ronda!

CUADRO DEL SEÑOR PELLICER.

Como era de esperar, la guerra entre Francia y Prusia ha dado ocasión á que en Italia se agiten los ánimos y reverdezca la eterna cuestión de Roma. La capital del orbe católico abandonada por la guarnición francesa, vive en continua alarma. Su efervescencia no por ser silenciosa es menos profunda. Por una parte, los interesados en mantener la forma de gobierno tradicional redoblan sus precauciones; por otra, los que aguardan con afán la hora suprema de la explosión revolucionaria se disponen sigilosamente al combate. Este contraste presta un carácter particular á la antigua ciudad de los Césares, por cuyas solitarias calles al caer el día sólo se ven grupos aislados de gentes que hablan en voz baja, ó cortos destacamentos de gendarmes y suaves pontificios que patrullan, turbando con el sordo y uniforme rumor de sus pasos el profundo silencio de las gigantescas ruinas.

El inspirado cuadro del Sr. Pellicer, que tantos y tan merecidos elogios ha valido á su autor en la exposición de Barcelona, y cuya copia ofrecemos hoy en los págs. de LA ILUSTRACION DE MADRID, da una perfecta idea de esta especial situación de la Ciudad Eterna.



PLANÓ DEL TERRENO EN QUE SE HAN LIBRADO LOS COMBATES DEL 30 Y 31 DE AGOSTO Y 1.º DE SETIEMBRE.